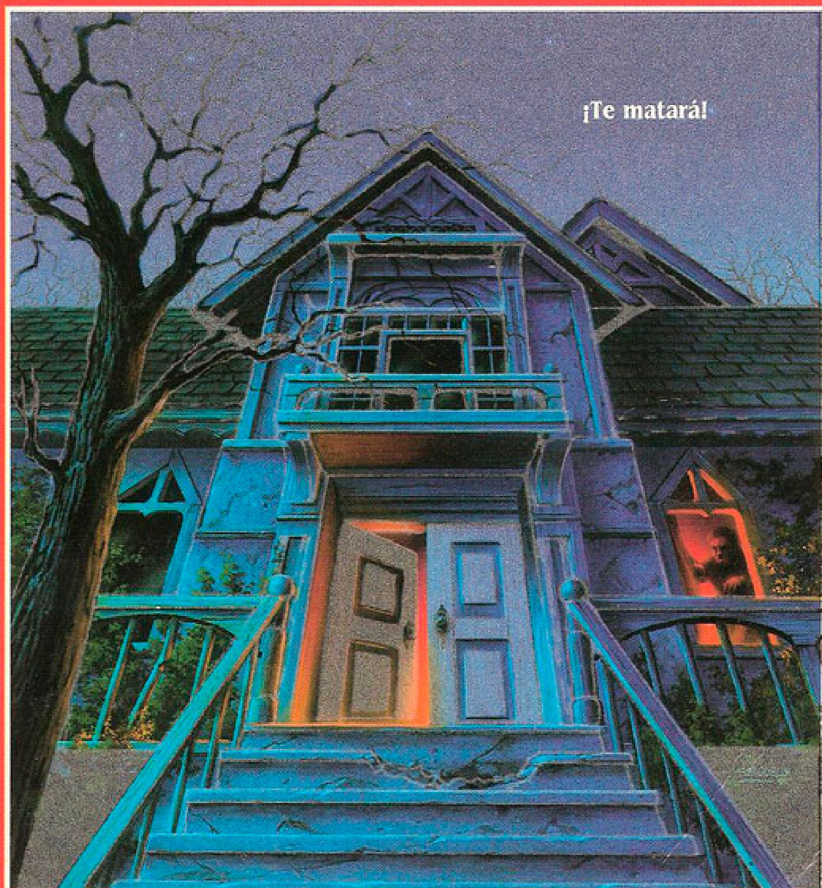
R.L. Stine

Pesadillas

La casa de la muerte



Amanda y Josh se habían mudado de casa. Ahora ocupan un viejo caserón misterioso. Tal vez embrujado. El pueblo de Dark Falls también les parece extraño.

Sus padres ven las cosas de otra manera: «Los niños ya se acostumbrarán. En cuanto se hagan nuevos amigos todo cambiará.»

Amanda y Josh se conforman. Pero los amigos no serán los que sus padres esperan, ya que quieren ser amigos de Amanda y de su hermano… para siempre, hasta la eternidad.



R. L. Stine

La casa de la muerte

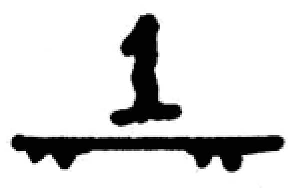
Pesadillas — 4

ePub r1.2
javinintendero 16.10.15

Título original: *Goosebumps #1: Welcome to dead house*
R. L. Stine, 1992
Traducción: María Rabassa

Editor digital: javinintendero
Digitalización de texto: siwan
ePub base r1.0





A Josh y a mí no nos gustó nada la nueva casa. Sí, era grande y parecía una mansión comparada con nuestra casa anterior. Alta, de ladrillo rojo, con un tejado negro en declive y una hilera de ventanas con postigos negros.

«Qué casa tan oscura», pensé, plantada en la calle frente a ella. Estaba totalmente en la penumbra, como si se ocultara a la sombra de los retorcidos árboles inclinados sobre ella.

Aunque era el mes de julio, el jardín delantero estaba cubierto de hojas muertas. Crujían bajo nuestras zapatillas de deporte mientras caminábamos sin ganas por la entrada de gravilla.

Por entre las hojas secas asomaba la maleza. Toda clase de matorrales sofocaban lo que una vez había sido un sendero de flores al pie de la entrada.

«Esta casa me da miedo», pensé con tristeza.

Josh debía de estar pensando lo mismo. Al contemplarla los dos liberamos un profundo suspiro. El señor Dawes, un amable joven de la agencia inmobiliaria, se detuvo cerca de la entrada principal y se volvió hacia nosotros.

—¿Está todo bien? —preguntó, fijando sus ojos azules en Josh, y luego en mí.

—Josh y Amanda no querían cambiar de casa —explicó papá, metiéndose los faldones de la camisa en el pantalón. Ha engordado bastante y casi siempre se le salen las camisas.

—No es fácil para los muchachos —agregó mi madre con una sonrisa. Llevaba las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros

mientras se acercaba a la puerta—. Usted comprenderá. Tienen que dejar a sus amigos, y acostumbrarse a un lugar nuevo y extraño.

—Extraño, ésa es la palabra —dijo Josh agitando la cabeza de un lado a otro—. Esta casa es siniestra.

El señor Dawes se rió:

—La casa es vieja, eso es todo —dijo, dándole a Josh una palmadita en el hombro.

—Sólo son necesarias algunas reparaciones —dijo papá, dirigiendo una sonrisa al señor Dawes—. Nadie ha vivido aquí desde hace tiempo, así que habrá que trabajar un poco.

—Desde luego es muy grande —agregó mamá, pasándose la mano por su negra caballera lisa y sonriendo a Josh.

—Tendremos espacio suficiente para un estudio y tal vez para un cuarto de juegos. ¿No te gustaría, Amanda?

Me encogí de hombros. Un soplo de aire frío me hizo estremecer. Sin embargo era un cálido día de verano; pero cuanto más nos acercábamos a la casa, más frío sentía. Creí que se debía a esos árboles altos y viejos.

Llevaba pantalón corto de tenis y una camiseta azul sin mangas. Hacía calor en nuestro coche. Pero ahora me sentía congelada. «Quizás haga más calor dentro de la casa», pensé.

—¿Cuántos años tienen? —preguntó el señor Dawes a mi madre, mientras avanzaba hacia la entrada.

—Amanda tiene doce —contestó mamá—. Josh cumplió once el mes pasado.

—Se parecen mucho —observó el señor Dawes.

Yo no sabía si se trataba de un cumplido o no. Debe de ser cierto. Somos altos, delgados, con pelo castaño y rizado, como el de papá, y los dos tenemos también ojos castaños. Todo el mundo dice que somos unos niños «serios».

—Quiero regresar a casa —dijo Josh. Su voz se quebró—: Odio este lugar —añadió.

Mi hermano es el muchacho más impaciente del mundo. Cuando decide una cosa nada le hace volver atrás. La verdad es que está un poco mimado. Eso creo yo. Y cuando monta una pataleta acerca de algo, casi siempre se sale con la suya.

Aunque nos parecemos físicamente, en realidad no somos tan

similares. Yo soy más paciente que Josh, y mucho más sensata. Quizá porque soy mayor, además de ser mujer.

Josh agarró a papá de la mano y trató de arrastrarlo hasta el automóvil:

—Vámonos, papá. ¡Volvamos inmediatamente a nuestra casa!

Sabía que esta vez Josh no se saldría con la suya. Íbamos a mudarnos a esa casa, no había ninguna duda. Después de todo, no costaba nada. Un tío abuelo de papá, a quien ni siquiera conocíamos, había muerto dejándosela en herencia.

Nunca olvidaré la cara que puso cuando recibió la carta del abogado. Dio un grito y comenzó a brincar por toda la sala. Josh y yo creíamos que había perdido la chaveta, o algo por el estilo.

—Mi tío abuelo Charles nos ha dejado una casa en su testamento —explicó papá, y volvió a leer la carta—. Está en un pueblo llamado Dark Falls.

—¿Qué? —exclamamos Josh y yo al unísono—. ¿Dónde queda Dark Falls?

Papá se encogió de hombros.

—No me acuerdo de tu tío Charles —dijo mamá, colocándose detrás de papá para tratar de leer la carta.

—Yo tampoco —reconoció papá—. Pero debía de ser un tipo interesante. ¡Caramba! Debe de ser una casa increíble. —Tomó a mamá de las manos y bailó con ella alegremente por toda la sala.

Estaba emocionado. Desde hacía tiempo había estado buscando un pretexto para dejar su aburrido trabajo de oficina y dedicarse por entero a su carrera literaria. Pues bien, la casa, totalmente gratis, era la oportunidad más idónea.

Ahora, una semana después, henos aquí en Dark Falls, a cuatro horas en automóvil de nuestra casa, viendo la casa del tío Charles por primera vez. Y antes de haber entrado, Josh ya estaba tratando de arrastrar a papá al coche.

—Josh, ¡basta ya! —exclamó papá disgustado, tratando de zafársele, pues lo tenía agarrado. Papá cruzó una mirada desesperada con el señor Dawes. El escándalo que había montado Josh le entristecía. Decidí intervenir:

—Déjalo, Josh —dije con calma, agarrándolo por el hombro—. Nos comprometimos a darle una oportunidad a Dark Falls, ¿te

acuerdas?

—Ya se la he dado —replicó Josh, sin soltarle la mano a papá—. Esta casa es vieja y fea, y me da mala espina.

—Ni siquiera has entrado todavía —dijo papá furioso.

—Sí. Entremos —nos animó el señor Dawes, clavando su mirada en Josh.

—No quiero —insistió.

A veces es muy terco. Me sentía tan infeliz como él ante esa casa vieja y oscura. Pero nunca me portaría como él se estaba portando.

—Josh ¿no quieres escoger tu habitación? —preguntó mamá.

—No —respondió.

Los dos nos detuvimos para contemplar el segundo piso. Tenía dos ventanas grandes, una al lado de la otra, que parecían dos ojos negros devolviéndonos la mirada.

—¿Cuánto tiempo llevan en su actual residencia? —preguntó el señor Dawes a papá.

Papá lo pensó un momento.

—Unos catorce años —contestó—. Los muchachos han pasado toda su vida allá.

—Siempre es difícil mudarse —dijo el señor Dawes. Me miró a mí y su voz asumió un tono comprensivo—. ¿Sabes una cosa, Amanda? —dijo—. Yo me trasladé a Dark Falls hace sólo unos meses, y al comienzo no me gustaba nada. Pero ahora no querría vivir en ninguna otra parte. —Me guiñó el ojo. Cuando sonreía, se le hacía un simpático hoyito en el mentón—. Vamos adentro. La casa es realmente bonita. Te va a sorprender.

Todos seguimos al señor Dawes, menos Josh.

—¿Hay otros niños por aquí? —preguntó. No sonaba a pregunta, sino a desafío.

El señor Dawes asintió con la cabeza.

—La escuela está a sólo dos manzanas —dijo señalando hacia la calle.

—¿Lo ves? —interrumpió mamá—. Podéis ir a la escuela a pie. Se han acabado esos largos trayectos de todos los días en autobús.

—A mí me gusta el autobús —insistió Josh.

Había tomado su decisión. No pensaba perdonar a nuestros padres, a pesar de que tanto él como yo habíamos prometido

mantener una actitud abierta frente a la mudanza. No sé qué pensaba lograr mi hermano con tanta insistencia. Nuestro padre ya tenía suficientes preocupaciones. Para empezar, todavía no había podido vender la casa anterior.

A mí tampoco me ilusionaba la idea de mudarnos. Pero sabía que el hecho de haber heredado esta casa grande significaba una gran oportunidad para todos nosotros. En la otra vivíamos con estrecheces. Y una vez que papá lograra venderla no tendríamos más problemas de dinero. Josh tendría que darle una oportunidad; por lo menos, eso pensaba yo.

De repente, oímos que Petey ladraba y aullaba, armando un auténtico revuelo, desde el coche, estacionado en la entrada de la casa.

Petey es nuestro perro. Es blanco, de pelo crespo, muy simpático y suele portarse muy bien. Casi siempre acepta quedarse solo en el coche. Pero en esos momentos estaba ladrando a toda pastilla, y arañaba la ventana, desesperado por salir.

—¡Quieto, Petey! —exclamé. A mí siempre me hacía caso.

Pero no esa vez.

—Voy a soltarlo —dijo Josh. Y corrió hacia el automóvil.

—¡Espera! —gritó papá.

Pero creo que Josh no lo oyó por el barullo que estaba armando Petey.

—Más vale dejar que el perro explore —dijo el señor Dawes—. De todos modos, la casa también va a ser de él.

Unos segundos más tarde, Petey correteaba nerviosamente por el prado, levantando las hojas amarillas con sus patas y ladrando de la emoción mientras se dirigía hacia nosotros. Se nos echó encima, como si no lo hubiéramos visto en quién sabe cuánto tiempo. Luego, para nuestra sorpresa, empezó a gruñir al señor Dawes y a ladrarle amenazadoramente.

—¡Quieto! —gritó mamá.

—Es la primera vez que hace algo así —dijo papá disculpándose —. De verdad, suele ser muy amistoso.

—A lo mejor huele algo en mí. Quizá sea el olor de otro perro —dijo el señor Dawes, soltándose el nudo de la corbata a rayas y mirando al perro con cautela.

Finalmente, Josh alejó a Petey del señor Dawes.

—Basta, Petey —lo regañó, acercando su cara al morro del animal—. El señor Dawes es nuestro amigo.

Petey le dio un lametón por respuesta.

—Vamos adentro —urgió el señor Dawes pasándose la mano por el pelo corto. Introdujo una llave en la cerradura y sostuvo la puerta abierta mientras entrábamos todos; yo detrás de mis padres.

—Yo me quedo aquí fuera con Petey —dijo Josh, sin moverse del sendero.

Papá comenzó a protestar, pero luego cambió de idea.

—Está bien. No hay problema —convino con un suspiro, al tiempo que agitaba la cabeza—. No voy a discutir contigo. No entres. Puedes, incluso, vivir aquí fuera si te place.

Estaba realmente molesto.

—Quiero quedarme con Petey —repitió Josh, mirando al perro que metía el hocico entre las flores muertas del jardín.

El señor Dawes entró detrás de nosotros y cerró la puerta con delicadeza. Echó un último vistazo a Josh:

—No se preocupen —le dijo a mamá con una sonrisa tranquilizadora.

—A veces es muy terco —se disculpó mamá y se asomó a la sala —. Lamento el comportamiento de Petey. No sé qué le habrá pasado a ese perrito.

—No tiene importancia, señora. Empecemos por la sala entonces —dijo el señor Dawes, entrando primero.

Creo que van a sentirse agradablemente sorprendidos cuando vean lo amplia que es. Por supuesto, requiere mucho trabajo.

Nos llevó a inspeccionar cada rincón de la casa. Yo empecé a emocionarme. La casa, con tantas habitaciones y cámaras, tenía su encanto. Mi cuarto era enorme, con baño propio y un antiguo asiento junto a la ventana desde donde podía cómodamente mirar hacia la calle.

«Ojalá Josh estuviera con nosotros —pensé—. Si viera cómo es la casa por dentro seguro que se pondría contento.»

Me parecía increíble que tuviera tantas habitaciones. Había hasta una buhardilla llena de muebles viejos y pilas de misteriosas cajas de cartón cuyos secretos podríamos desvelar.

Permanecimos en la casa una media hora, aunque perdí la cuenta. Y creo que después los tres nos sentíamos más alegres.

—Bueno, ya han visto toda la casa —dijo el señor Dawes, dándole un vistazo a su reloj. Se encaminó hacia la puerta.

—¡Un momento!, quiero mirar mi cuarto una vez más —atajé con emoción. Subí la escalera saltando los peldaños de dos en dos—. Vuelvo en un segundo.

—Date prisa, cariño —dijo mamá—. Estoy segura de que el señor Dawes tiene otros compromisos.

Llegué al segundo piso y caminé deprisa por el estrecho pasillo hasta llegar a mi nueva habitación.

—¡Vaya! —exclamé en voz alta. Sentí el tenue eco de mi voz resonando en las paredes vacías.

La habitación era muy grande. Me encantó la ventana ancha con su asiento. Me acerqué a la silla para mirar hacia la calle. Entre árboles pude ver nuestro automóvil en la entrada y, más allá, al otro lado de la calle, una casa que se parecía mucho a la nuestra.

«Voy a colocar mi cama contra la pared, mirando hacia la ventana —pensé alegremente—. Y mi escritorio allá. Por fin voy a tener espacio para un ordenador.»

Miré nuevamente el armario ropero. Era alto y se cabía de pie ahí dentro. Tenía una lámpara en el techo y amplios estantes en la pared del fondo.

Me dirigía a la puerta, pensando en cuál de mis pósters iba a traer, cuando de pronto vi al muchacho.

Estuvo en la puerta, quieto; apenas un instante. Luego se volvió y desapareció por el pasillo.

—¿Josh? —dije—. ¡Eh!, ven a mirar.

Asustada, me di cuenta de que no era Josh. Era un muchacho de pelo rubio.

—¡Hola! —grité asomándome al pasillo. Miré a uno y otro lado—. ¿Quién es?

Pero no había nadie en el pasillo. Todas las puertas estaban cerradas.

—¡Un momento, Amanda! —me dije a mí misma en voz alta—. ¡Contrólate!

¿Lo había imaginado?

Mamá y papá me llamaban desde abajo. Eché una última mirada hacia el oscuro pasillo, y corrí a unirme con ellos.

—¡Hola, señor Dawes! —dije bajando la escalera—. ¿Hay algún fantasma en esta casa?

Se rió. La pregunta le pareció graciosa.

—No, lo lamento —dijo, mirándome con sus ojos burlones—. No hay fantasmas. Muchas casas de por aquí los tienen, según cuentan. Pero ésta no, desgraciadamente.

—Pues… pues creo haber visto algo —dije. En realidad me sentía un poco ridícula.

—Deben de ser sólo sombras —intervino mamá—. Con tantos árboles alrededor, la casa es muy oscura.

—¿Por qué no buscas a Josh y le cuentas lo que hemos visto? —propuso papá, metiéndose de nuevo en el pantalón los faldones de la camisa—. Mamá y yo tenemos que hablar de algunos asuntos con el señor Dawes.

—Bueno, mi amo —dije haciendo una reverencia. Luego salí en busca de Josh para contarle todo lo que se había perdido—. ¡Josh… Josh! —llamé ansiosa; pero no veía a mi hermano por el jardín.

—¿Josh?

De pronto sentí una corazonada.

Josh y Petey ya no estaban.

2

—¡Josh! ¡Josh! —primero llamé a Josh, luego a Petey. Pero no había señales de ninguno de los dos.

Corrí hasta la entrada y miré dentro del coche. Pero allí no había nadie. Mamá y papá todavía estaban en la casa, hablando con el señor Dawes. Miré hacia la calle, en las dos direcciones, pero no se veía ni rastro de ellos.

—¡Josh! ¡Eh, Josh!

Finalmente mamá y papá salieron de forma apresurada, alarmados. Me imagino que habían oído mis gritos.

—No puedo encontrar a Josh y Petey —grité desde la calle.

—A lo mejor están por la parte de atrás —respondió papá.

Volví a subir a toda velocidad por el sendero, levantando las hojas marchitas con los pies. En la calle hacía sol, pero tan pronto entré a nuestro jardín, en la penumbra, sentí frío de nuevo.

—¡Josh! ¿Dónde estás?

¿Por qué me sentía tan angustiada? Era normal que Josh desapareciera. Lo hacía con frecuencia.

Corrí alrededor de la casa. Grandes árboles se reclinaban contra las paredes, tapando casi toda la luz del sol.

El patio trasero era más grande de lo que esperaba; un rectángulo largo que bajaba en pendiente hasta terminar en una cerca de palos, al fondo. Como el jardín de la fachada, este patio también estaba cubierto de maleza que asomaba por entre las hojas amarillas. Una fuente esculpida en piedra yacía entre las hojas, caída de medio lado. Más allá estaba el garaje, una construcción de

ladrillo rojo que hacía juego con la casa.

—¡Josh… Josh!

Tampoco estaba allí. Me detuve, escudriñando el suelo, tratando de hallar alguna huella o señal de que Josh hubiera corrido por entre las hojas.

—¿Lo has encontrado? —Papá llegó a mi lado, jadeante.

—Ninguna señal —le dije, sorprendida de lo preocupada que me sentía.

—¿Has mirado en el coche? —preguntó papá. Parecía más molesto que preocupado.

—Claro. Ha sido lo primero que se me ha ocurrido. También he mirado en el patio trasero. No creo que Josh haya desaparecido así como así, sin decir nada.

—Yo sí lo creo —dijo papá con un gesto de impaciencia—. Ya sabes cómo es tu hermano cuando no le dan lo que quiere. Quizá sólo pretende asustarnos y hacernos creer que se ha escapado.

—¿Dónde está? —preguntó mamá, cuando regresamos a la puerta de la casa.

Papá y yo nos encogimos de hombros.

—Tal vez ha hecho amistad con alguien y se ha ido —dijo papá. Pasó una mano por su pelo rizado, y me di cuenta de que él también empezaba a preocuparse.

—Hemos de encontrarlo ahora mismo —dijo mamá mirando hacia la calle—. No conoce este vecindario. Lo más seguro es que se haya perdido.

El señor Dawes cerró la puerta con llave y descendió por la escalera de la entrada.

—No puede estar lejos —dijo, dirigiéndole a mamá una sonrisa reconfortante—. ¿Por qué no damos una vuelta en el coche? —agregó—. Estoy seguro de que lo encontraremos.

Mamá agitaba la cabeza y miraba a papá con ansiedad.

—Lo voy a matar —murmuró. Papá le puso una mano en el hombro para calmarla.

El señor Dawes abrió el portamaletas del pequeño Honda.

Luego se quitó la chaqueta y la colocó dentro, y sacó de allí un sombrero negro tejano, como de vaquero, y se lo puso.

—¡Vaya! ¡Qué sombrero! —exclamó papá sentándose delante.

—Me protege del sol —dijo el señor Dawes sentándose al volante y cerrando la puerta.

Mamá y yo nos colocamos en la parte de atrás. La miré y vi que estaba tan ansiosa como yo.

Arrancamos en silencio, mirando los cuatro por las ventanillas del automóvil. Las casas que pasábamos parecían viejas. La mayoría más grandes aún que la nuestra. Sin embargo, todas estaban más cuidadas, recién pintadas y con los jardines arreglados. No vi a nadie en las casas ni en los patios. Tampoco había gente en la calle.

«Qué vecindario tan silencioso —pensé—. ¡Y qué oscuro!» Todas las casas estaban rodeadas de árboles altos y frondosos, los jardines delanteros bañados en penumbra. La calle era el único lugar soleado, una especie de cinta dorada que discurría bajo la sombra de los árboles. «A lo mejor por eso el pueblo se llama Dark Falls», pensé.

—¿Dónde estará Josh? —preguntó papá, mirando a través del parabrisas.

—Lo voy a matar de verdad —repitió mamá—. No era la primera vez que decía eso acerca de Josh.

Habíamos dado dos vueltas a la manzana, y no había ninguna señal de Josh.

El señor Dawes propuso que diéramos una vuelta por las manzanas más próximas y papá estuvo de acuerdo.

—Espero no perderme —dijo el señor Dawes, doblando por la siguiente esquina—. Yo también soy nuevo aquí. Miren, ahí está la escuela —anunció señalando un edificio de ladrillo rojo. Era una escuela muy vieja; columnas blancas flanqueaban la puerta de dos alas—. Ahora está cerrada, naturalmente —dijo el señor Dawes.

Observé con curiosidad el patio de recreo detrás de la escuela. Estaba vacío. No había nadie.

—¿Tanto ha podido caminar Josh? —preguntó mamá. Su tono de voz era más alto de lo normal y un poco ahogado.

—Josh no camina —dijo papá poniendo los ojos en blanco—, ¡corre!

Doblamos por otra esquina y entramos en una nueva manzana de casas en penumbra. Un cartel anunciaba: «Camino del cementerio.» Delante del automóvil apareció un extenso

camposanto. Las lápidas de piedra formaban hileras a lo largo de una colina que descendía hasta convertirse en una llanura donde había más lápidas y monumentos. Unos cuantos arbustos crecían allí, pero no muchos árboles. Al pasar por las tumbas, que vagamente se veían desde el coche, caí en la cuenta de que este lugar era el único sitio soleado en todo el pueblo.

—Ahí está su hijo —señaló el señor Dawes frenando súbitamente.

—¡Gracias a Dios! —exclamó mamá, inclinándose para mirar por la ventanilla que daba a mi lado.

¡Claro!, allí estaba Josh, corriendo como un loco entre las hileras de lápidas blancas.

—¿Qué está haciendo? —pregunté abriendo la puerta.

Bajé del coche, di unos pasos por el prado y lo llamé. Al comienzo no se percató de mis gritos. Parecía estar escondiéndose, asustado, entre las tumbas. Corría hacia un lado y luego, súbitamente, cambiaba de sentido y corría hacia el otro.

—¿Por qué hace eso?

Di otro paso y quedé inmóvil, aterrada.

En ese instante me di cuenta de que Josh corría así entre las lápidas (escondiéndose, tratando de escapar) por una sola razón. Era víctima de una cacería.

Alguien, o algo, lo perseguía.

3

Caminé con miedo hacia Josh, mirando cómo se agachaba y cambiaba de dirección, con los brazos extendidos hacia delante. Luego me di cuenta de mi error. A Josh no lo estaba persiguiendo nadie. El que perseguía a alguien era él.

Estaba corriendo detrás de Petey.

Bueno. A veces mi imaginación me juega malas pasadas. Pero correr de ese modo por un viejo cementerio, incluso en un día de sol, despierta en cualquiera ideas extrañas.

Llamé nuevamente a Josh, y esta vez me oyó. Se volvió con cara de preocupación.

—¡Ven, Amanda, ayúdame! —gritó.

—¿Qué te pasa, Josh? —Avancé tan rápido como pude para alcanzarlo. Pero él siguió corriendo a toda velocidad por entre las tumbas, saltando de una hilera a otra.

—¡Auxilio!

—¡Josh! ¿Qué pasa? —Volví la mirada y vi que papá y mamá venían justo detrás de mí.

—Es Petey —exclamó Josh jadeante—. No lo puedo parar. He conseguido agarrarlo una vez, pero se me ha escapado.

—¡Petey! ¡Petey! —llamaba papá al perro. Pero Petey no hacía caso. Corría de una tumba a la siguiente, husmeando.

—¿Cómo has llegado tan lejos? —preguntó papá cuando alcanzó a mi hermano.

—No he tenido más remedio que seguirlo —explicó Josh, todavía jadeante—. Se me escapó. Estaba husmeando entre las

flores marchitas del jardín. Y luego, sin avisar, comenzó a correr. Cuando lo llamé, no me obedeció. Ni siquiera me miró. Corrió y corrió hasta llegar aquí. Me tocó seguirlo. Tenía miedo de que se perdiera.

Josh se detuvo y dejó que papá continuara con la persecución de Petey.

—No sé qué le pasa a ese perro tonto —me dijo—. Está rarísimo.

Aunque le costó esfuerzo, papá logró atrapar a Petey, y lo cogió en brazos. El perrito emitió un gruñido, de protesta, y luego se dejó llevar.

Todos volvimos al coche, que estaba estacionado en la cuneta de la carretera. Nos esperaba el señor Dawes.

—Tal vez deberían ponerle correa —dijo con preocupación.

—Petey nunca ha llevado correa —protestó Josh, instalándose en el asiento de atrás, cansado.

—Bueno, pero quizá sea conveniente, aunque sólo sea durante un tiempo —dijo papá tranquilamente—. Sobre todo si se va a escapar de esa manera. —Papá colocó a Petey en el asiento de atrás y el animalito se acostó feliz en brazos de Josh.

Nos metimos todos en el coche y el señor Dawes nos condujo a su oficina, un pequeño edificio de techo bajo al final de una fila de oficinas parecidas. Mientras llegábamos, yo acariciaba la cabeza de Petey.

«¿Por qué se habrá escapado? —me preguntaba—. Petey nunca había hecho nada parecido.»

Pensaba que el perro también estaba triste por la mudanza. Como nosotros, había pasado toda su vida en la vieja casa y le debía de dar pena abandonar el viejo vecindario.

La casa nueva, las nuevas calles, todos los olores desconocidos debieron de trastornar al pobre animalito. Josh quería irse de allí; también Petey.

En cualquier caso, ésa era mi teoría.

El señor Dawes estacionó el coche delante de su pequeña oficina. Luego le estrechó la mano a papá y le entregó su tarjeta.

—Pueden pasar por aquí la semana que viene —les dijo a mis padres—. Todos los formalismos legales estarán en orden. Después de firmar los documentos pueden ocupar la casa cuando quieran.

Abrió la puerta del coche y, tras despedirse de todos con una sonrisa amable, se bajó.

—Compton Dawes —dijo mamá, leyendo la tarjeta por encima del hombro de papá—. No es un nombre muy común. ¿Será Compton un viejo apellido?

El señor Dawes negó con la cabeza.

—No, soy el único Compton en mi familia —dijo—. No tengo ni idea de dónde procede. Ni idea. A lo mejor mis padres no sabían escribir «Charlie».

Riéndose de su propio chiste, bajó del coche, se quitó el sombrero negro de vaquero, sacó su chaqueta del portaequipajes y entrando por la puerta de su oficina, desapareció.

Papá recuperó la plaza del conductor, moviendo el asiento hacia atrás para acomodar su barriga. Mamá pasó delante y emprendimos el largo viaje de regreso a casa.

Mamá cerró la ventanilla, pues papá había conectado el aire acondicionado. Luego le dijo a Josh:

—Desde luego, tú y Petey habéis tenido una gran aventura, ¿no es así?

—Así es, mamá —respondió Josh sin entusiasmo. Petey dormía en su regazo, roncando suavemente.

—Te va a gustar tu habitación —le dije a Josh—. La casa es una auténtica delicia. De verdad.

Josh me dirigió una mirada pensativa, pero no dijo nada.

Le di un codazo en las costillas.

—¡Contesta! —le insistí—. ¿No me has oído?

Pero esa expresión extraña, pensativa, no desapareció de su rostro.

Las dos semanas siguientes pasaron muy lentamente. Yo caminaba por la casa pensando que jamás volvería a ver mi habitación, que nunca más volvería a desayunar en la cocina y nunca más vería televisión en la misma sala. Y otras tonterías por el estilo.

Incluso llegué a sentirme enferma el día que los señores de la mudanza llegaron con unas inmensas cajas de cartón para empaquetar nuestros enseres. Había llegado la hora de embalar. Era

una realidad. Subí a mi habitación y me eché sobre la cama. No para dormir. Sólo atiné a mirar el techo durante más de una hora, y mi cabeza se llenó de pensamientos desordenados, inconexos, como en un sueño, aunque estaba totalmente despierta.

No era yo la única que se había puesto nerviosa ante la inminencia del cambio. Papá y mamá se peleaban por nada. Una mañana tuvieron una fuerte discusión sobre si el beicon estaba demasiado hecho o no.

Por una parte, era divertido verlos comportarse como niños. Pero Josh permanecía ensimismado en todo momento. Casi no hablaba con nadie. Hasta Petey estaba enfurruñado. Ni siquiera se levantaba para acercarse cuando uno le ofrecía las sobras de la mesa.

Pero lo peor fue la despedida de mis amigas. Amy y Carol estaban en el campamento de verano, así que tuve que escribirles una carta. Kathy, en cambio, estaba en su casa; ella era mi primera y mejor amiga, y me resultó muy difícil despedirme de ella.

Creo que muchas personas se sorprendían de nuestra prolongada amistad. No nos parecíamos físicamente. Yo soy alta, delgada y morena; en cambio Kathy es blanca de piel, de pelo rubio y un poco gordita. Pero hemos sido amigas desde el parvulario, e inseparables desde cuarto de primaria.

Cuando Kathy vino a casa para despedirse, la noche anterior a la partida, ambas nos sentíamos francamente mal.

—No te pongas nerviosa —le dije—. No eres tú la que se despide.

—Tampoco te vas al fin del mundo —contestó, mascando su chicle con fuerza—. Dark Falls está apenas a cuatro horas de aquí, Amanda. Nos veremos a menudo.

—Supongo que sí —dije sin convicción. Cuatro horas de viaje era lo mismo que estar en las antípodas, a mi modo de ver—. En cualquier caso, siempre podremos hablar por teléfono —le dije desanimada.

Ella hizo un globo de chicle y luego lo succionó.

—Tienes razón —dijo, fingiendo entusiasmo—. En el fondo tienes mucha suerte, ¿sabes? Salir de este barrio tan aburrido y vivir en una mansión no es algo que pase cada día.

—No es un barrio aburrido —protesté. No sé por qué lo defendía. Nunca antes lo había hecho. Es más: una de nuestras diversiones preferidas era imaginar sitios donde nos habría gustado crecer.

—El colegio no será lo mismo sin ti —dijo Kathy, doblando las piernas y sentándose sobre ellas—. ¿Quién me va a pasar las chuletas que me solucionen los problemas de matemáticas?

No pude reprimir una carcajada.

—Siempre te pasaba las soluciones más disparatadas —dije.

—Pero era el detalle lo que importaba —dijo Kathy. Luego suspiró—. Y ahora pasamos al primer año de secundaria. En tu nuevo colegio, ¿eso es parte del instituto de bachillerato o pertenece todavía a la primaria?

Puse cara de disgusto.

—Todo está en un solo edificio. Es sólo un pueblo pequeño. No hay instituto aparte. Al menos no lo vi.

Charlamos durante una hora. Hasta que la mamá de Kathy nos recordó que ella debía volver a casa.

Entonces nos abrazamos. Había decidido no llorar, pero unos lagrimones calientes se me formaron en los ojos, y en cuestión de segundos rodaron por mis mejillas.

—Me siento tan triste —lloriqueaba.

Me había prometido ser madura y controlarme. Pero Kathy era mi mejor amiga, ¿qué podía hacer yo?

Prometimos estar juntas siempre el día de nuestro cumpleaños, pasara lo que pasase. Obligaríamos a nuestros padres a hacer todo lo posible para que ninguna de las dos se perdiera el cumpleaños de la otra.

Entonces nos abrazamos de nuevo. Y Kathy dijo:

—No te preocupes, nos veremos mucho. De verdad.

Ella también tenía lágrimas en los ojos.

Se volvió y desapareció por la puerta, que dio un golpe seco al cerrarse. Me quedé allí, mirando la oscuridad de la noche, hasta que Petey entró, haciendo ruido con sus uñas sobre el suelo de linóleo, y comenzó a lamerme la mano.

El día siguiente, día de mudanza, era un sábado de lluvia. No

hubo tormenta, ni rayos ni truenos. Pero sí hubo lluvia y viento suficientes como para que el viaje en coche fuera una lata.

Al acercarnos al pueblo el cielo parecía oscurecerse más. Los pesados árboles se inclinaban sobre la carretera.

Conduce más despacio, Jack —advirtió mamá—. La calzada está muy resbaladiza.

Pero papá tenía ganas de llegar a la nueva casa cuanto antes, y anticiparse a la llegada del camión de mudanzas.

—Nos dejarán las cosas en cualquier parte si no estamos allí para supervisar —explicó.

Instalado a mi lado en el asiento de atrás, Josh se portaba como de costumbre. Primero se quejó de que tenía sed. Cuando eso no dio ningún resultado, dijo que estaba muerto de hambre. Pero como todos habíamos desayunado muy bien, Josh tampoco consiguió nada con esos lamentos.

Sólo intentaba llamar la atención. Yo trataba de animarlo, diciéndole que la casa por dentro era una maravilla y que su habitación era grandísima. Aún no la había visto.

Pero Josh no quería que nadie lo animara. Empezó a jugar al boxeo con Petey, hasta lograr que el pobre animal se inquietara, brincando por todo el asiento. Papá le ordenó a gritos que dejara de molestar.

—Hagamos un esfuerzo —dijo mamá—. Y tratemos de no molestarnos los unos a los otros.

Papá se rió.

—Buena idea, mi amor —dijo.

—No te burles —respondió mamá, furiosa.

Entonces se inició una fuerte discusión sobre cuál de los dos se había cansado más con los preparativos del viaje. Mientras tanto, Petey se levantó sobre sus patas traseras y se puso a aullar.

—¿No puedes hacer que se calle? —gritó mamá.

Agarré al perrito, pero se irguió de nuevo y se puso a aullar.

—Nunca había hecho esto —dije.

—¡Haz que se calle! ¡Eso es todo! —repitió mamá.

Bajé a Petey tirándole de las patas y a continuación Josh comenzó a aullar. Mamá le lanzó una mirada mortífera. Pero Josh no dejó de aullar. Se creía muy gracioso.

Finalmente llegamos a la entrada de la casa. Los guardabarros del coche recibían el impacto de la gravilla mojada. La lluvia golpeaba con fuerza en el techo del automóvil.

—Hogar, dulce hogar —dijo mamá. No sé si lo decía con ironía. Creo que simplemente se sentía feliz de llegar al final de un viaje tan aburrido.

—Por lo menos llegamos antes que los de la mudanza —dijo papá mirando el reloj. Luego cambió de cara—. Ojalá no se hayan despistado.

—¡Qué oscuro está todo esto… parece de noche! —se quejó Josh.

Petey brincaba en mi regazo, desesperado por salir. Normalmente le gustaba viajar. Pero una vez que el coche frenaba, se moría de ganas por bajar.

Abrí la puerta, el perro saltó al suelo encharcado, salpicando en el agua y corrió locamente para uno y otro lado, atravesando el jardín.

—Por lo menos hay alguien contento de haber llegado —dijo Josh en voz baja.

Papá accedió a la puerta de la casa y, después de pelear un rato con las llaves, logró finalmente abrir la entrada principal. Nos hizo señas para que pasáramos.

Josh y mamá corrieron a protegerse de la lluvia. Cerré la puerta del automóvil y seguí sus pasos.

Pero algo llamó mi atención, algo que no alcancé a distinguir sino por el rabillo del ojo. Me detuve y miré hacia arriba, hacia las dos ventanas grandes situadas encima del pórtico.

Me puse una mano sobre los ojos para ver mejor a través de la lluvia.

Entonces lo vi.

Un rostro. En la ventana de la izquierda.

El muchacho.

El mismo muchacho estaba allí, mirándome.

4

Secaos los pies antes de entrar —ordenó mamá—. No vayáis a ensuciar de barro el suelo. —Su voz retumbaba entre las paredes desnudas de la gran sala vacía.

Entré por la puerta principal. La casa olía a pintura fresca. Los obreros habían terminado de pintarla el jueves. Hacía calor, mucho más que fuera.

—La luz de la cocina no funciona —gritó papá desde la parte posterior de la casa—. ¿Es que los pintores han desconectado la electricidad?

—¿Cómo puedo saberlo? —contestó mamá.

Las voces retumbaban en esa casa tan grande y deshabitada.

—Mamá, hay alguien arriba —dije limpiándome los zapatos como ella había ordenado, en el felpudo con el letrero de «Bienvenidos».

Luego entré en el salón.

Mamá estaba junto a la ventana, mirando hacia fuera para ver si llegaban los del camión de mudanza, supongo. Se volvió con rapidez.

—¿Qué dices?

—Hay un muchacho ahí arriba. Lo he visto en la ventana. —Me costó trabajo pronunciar esas palabras.

Josh entró por el pasillo de atrás. Estaba con papá, me imagino. Se rió de mí.

—Ya ¿hay alguien viviendo aquí? —preguntó.

—No hay nadie arriba —dijo mamá con impaciencia—. ¿Cuándo

me concederéis un momento de paz?

—¿Y yo qué he hecho? —se quejó Josh.

—Mira, Amanda. Todos estamos un poco nerviosos —empezó a decir mamá.

Pero la interrumpí.

—He visto su cara, mamá. En la ventana. No estoy loca.

—¡No me digas! —bromeó Josh.

—¡Amanda! —Mamá se mordió el labio inferior, como solía hacer cuando estaba realmente exasperada—. Lo que has visto ha sido un reflejo o algo así. Un árbol, probablemente —se volvió otra vez a mirar por la ventana. Llovía a cántaros, y el viento hacía que el aguacero azotara la ventana con fuerza.

Me coloqué al pie de la escalera, hice un embudo con las manos y grité hacia el segundo piso:

—¿Quién está ahí?

Silencio.

—¿Quién está ahí? —Esta vez grité un poco más fuerte.

Mamá se tapó las orejas con ambas manos.

—¡Amanda! ¡Por favor!

Josh se había metido en el comedor. Por fin se decidía a explorar la casa.

—Hay alguien ahí arriba —dije con insistencia. Luego, impulsivamente, empecé a subir la escalera. Mis pasos se oían claramente en los peldaños de madera.

—¡Amanda! —oí que gritaba mamá.

Pero yo estaba tan furiosa que no le contesté. ¿Por qué no me creía? ¿Por qué tenía que decir que era un árbol lo que yo acababa de ver?

Me aguijoneaba la curiosidad. Tenía ganas de saber quién estaba allí. Era importante demostrarle a mamá que estaba equivocada. Que no era un estúpido reflejo lo que había visto. Yo también puedo ser terca. ¿Será una característica de la familia?

La escalera crujía bajo mis pies. Subí poco a poco, y sólo me asusté al llegar al segundo piso. Entonces sentí un gran peso en la boca del estómago.

Me detuve con la respiración entrecortada, descansando en el pasamanos.

¿Quién podría ser? ¿Un ladrón? ¿El hijo de algún vecino que se había metido en la casa para curiosear?

Quizá no tendría que haber subido sola. Tal vez el muchacho de la ventana era peligroso.

—¿Hay alguien ahí? —llamé. Mi voz sonaba débil, temblorosa.

Apoyándome en la barandilla, me dispuse a escuchar.

Oí pasos en el pasillo.

No. No eran pasos. Era la lluvia. Nada más. El azote de la lluvia en las tejas de pizarra.

Por alguna razón, el sonido tuvo la virtud de calmarme. Abandoné la barandilla y me interné en el pasillo largo y estrecho. Estaba totalmente oscuro, excepción hecha de un rectángulo de luz tenue que entraba por una pequeña ventana del fondo.

Di unos pasos. Las tablas de madera crujían.

—¿Hay alguien?

De nuevo, ninguna respuesta.

Me acerqué a la primera puerta. Estaba cerrada. El olor a pintura era sofocante. En la pared había un interruptor. Pensé que podría ser la luz del pasillo. Lo accioné, pero no pasó nada.

—¿Hay alguien ahí?

La mano me temblaba al tomar la manivela de la puerta. La sentí caliente y húmeda.

Giré la manivela y, respirando hondo, empujé la puerta.

Escudriñé la habitación. Un tenue rayo de luz grisácea se filtró por la ventana grande. Un súbito centelleo me hizo brincar del susto. Le siguió un trueno, un terrible rugido a lo lejos.

Lenta, cautelosamente, entré en la habitación.

Ni rastro de nadie.

Era un cuarto de huéspedes. Podría ser la habitación de Josh, si la aceptaba.

Otro rayo. El cielo estaba oscurísimo. Afuera todo se veía negro, aunque eran apenas las dos de la tarde.

Retrocedí hacia el pasillo. La siguiente habitación, con su gran ventanal sobre el jardín delantero, sería la mía.

¿Estaría el misterioso muchacho mirándome desde mi propio cuarto?

Me deslicé por el pasillo, apoyando mi mano en la pared por

alguna razón. Luego me detuve frente a la puerta de mi habitación, también cerrada.

Respiré profundamente, y golpeé con mis nudillos en la puerta.

—¿Quién está ahí? —llamé.

Escuché.

Silencio.

Entonces sobrevino la tremenda descarga de un trueno, más cercano esta vez. Quedé paralizada de terror, conteniendo la respiración. Hacía mucho calor, se sentía la humedad. El olor a pintura me mareaba.

Agarré la manivela de la puerta.

—¿Quién está ahí?

Apenas hice girar la manivela, cuando se me acercó sigilosamente por detrás y me agarró por el hombro.



No podía respirar. Ni gritar.

Parecía que me iba a estallar el corazón.

Petrificada por el terror, hice un esfuerzo desesperado, y volví a mirar.

—¡Josh! —Proferí un grito enfurecido—. Casi me matas del susto. Pensé que…

Me soltó y dio un paso atrás.

—Te engañé —dijo, y soltó una sonora carcajada que retumbó a lo largo del pasillo.

El corazón me palpitaba. La cabeza me iba a estallar.

—No tiene ninguna gracia —le dije con furia y lo empujé contra la pared. Me había dado un susto de muerte.

Se partía de risa, arrastrándose por el suelo del piso. Parecía un psicópata. Traté de empujarlo de nuevo, pero no pude.

Furiosa, di media vuelta y —¡Dios mío, no!— vi que la puerta de mi habitación se abría lentamente.

Miré incrédula, inmóvil como una estatua, mis ojos concentrados en la puerta que se movía.

Josh dejó de reírse y se levantó, completamente serio. Sus ojos negros también miraban con una expresión de terror.

Oí que alguien se movía dentro de la habitación.

Oí susurros.

Y risas ahogadas.

—¿Quién… quién anda ahí? —llegué a pronunciar esas palabras con una vocecita que ni yo misma reconocí.

Chirriando, la puerta se abrió un poco más y luego empezó a cerrarse.

—¿Quién anda ahí? —pregunté de nuevo, esta vez con más determinación.

De nuevo… cuchicheos y algo que parecía moverse.

Josh se apoyaba contra la pared y se deslizaba hacia la escalera. Tenía una expresión que no le había visto nunca. Estaba simplemente aterrorizado.

La puerta crujía como la de las casas de fantasmas en las películas. Se cerró un poco más.

Josh ya estaba llegando a la escalera. Con la mano me hacía señas desesperadas para que lo siguiera.

Pero, en vez de seguir sus pasos, así la manivela y empujé la puerta con toda mi fuerza.

No hubo resistencia.

—¿Quién anda ahí? —grité.

Pero la habitación estaba vacía.

Se oyó un trueno.

Tardé unos segundos en descubrir lo que hacía mover la puerta. La ventana de enfrente estaba entreabierta y el viento soplaba haciendo que la puerta se abriera y se cerrara. Supuse que este fenómeno explicaba también los demás ruidos dentro de la habitación, que yo había confundido con cuchicheos.

¿Quién había dejado la ventana abierta? Los pintores, seguramente.

Respiré lenta y profundamente, esperando que mi corazón palpitante recobrara su pulso normal.

Sintiéndome un poco timorata y estúpida, me acerqué a la ventana y la cerré.

—Amanda, ¿estás bien? —murmuró Josh desde el pasillo.

Iba a contestarle, pero se me ocurrió algo mejor.

Como casi me mata del susto unos minutos antes, ¿por qué no darle un susto morrocotudo también a él? Se lo merecía.

Así que me callé.

Lo sentí acercarse tímidamente a la puerta de mi cuarto.

—¿Amanda? ¿Amanda? ¿Estás bien?

Caminé de puntillas hasta el armario, y abrí la puerta un

poquito. Luego me tendí en el suelo, boca arriba, con la cabeza y los hombros dentro del armario, escondidos, y el resto del cuerpo extendido sobre el suelo.

—¿Amanda? —Josh parecía muy asustado.

—¡Aahh! —gemía yo.

Sabía que al verme tirada así en el suelo se le pondrían los pelos de punta.

—Amanda, ¿qué pasa?

Estaba en la puerta. En cualquier momento me vería tirada sobre las tablas, en la oscura habitación, aparentemente sin cabeza, y los rayos, centellas y truenos haciendo de las suyas por toda la casa.

Respiré profundamente y retuve el aire para no reírme.

—¿Amanda? —susurró nuevamente. Luego me vio, supongo, pues emitió un «Aggh» como si se estuviera ahogando, y lo oí jadear.

Acto seguido dio un grito con toda la fuerza de sus pulmones. Lo oí correr a lo largo del pasillo gritando:

—¡Mamá! ¡Papá! —Sentí sus pasos bajando las escaleras, y su voz pidiendo auxilio una y otra vez.

Me reí para mis adentros. Pero cuando me iba a levantar, sentí de pronto una lengua tibia que me lamía la cara.

—¡Petey!

Me lamía las mejillas y los ojos frenéticamente, como si quisiera devolverme a la vida o decirme que todo estaba bien.

—¡Basta, Petey! ¡Ya está bien! —Me reí, abrazando al perrito—. ¡Ya es suficiente, Petey! ¡Me estás mojando!

No quería parar. Seguía lamiéndome con ferocidad. «El pobre también está nervioso», pensé.

—¡Basta, Petey! ¡Cálmate! —le dije, tomando su cara entre mis manos—. No te pongas así. Este sitio va a ser una delicia. Ya lo verás.

6

Esa noche me reía, mientras acomodaba la almohada antes de meterme en la cama. Me acordaba del miedo que había pasado Josh esa tarde, del tiempo que le duró el susto tras bajar yo brincando por la escalera, sana y salva. Estaba furioso porque lo había engañado.

Por supuesto, a papá y mamá no les hizo ninguna gracia. Los pobres estaban cansados y nerviosos porque el camión de mudanza había llegado en ese momento, con una hora de retraso, obligándonos a Josh y a mí a declarar una tregua. ¡Se acabó eso de asustarnos el uno al otro!

—Es difícil no asustarse en esta casa tan vieja y tan rara —dijo Josh.

Sin embargo, acordamos no tomarnos más el pelo, si podíamos evitarlo.

Quejándose de la lluvia, los obreros empezaron a trasladar los muebles al interior de la casa.

Josh y yo les indicábamos dónde queríamos que colocaran las cosas. Mi cómoda se les resbaló subiendo la escalera, pero sólo se rayó un poco.

Los muebles parecían pequeños y extraños en esta casa tan grande. Josh y yo tratamos de no estorbar mientras nuestros padres trabajaban toda la tarde arreglando cosas, vaciando cajas y guardando ropa. Mamá pudo incluso colgar las cortinas en mi habitación.

¡Vaya día!

Ahora, un poco después de las diez de la noche, trataba de dormir por primera vez en mi nuevo cuarto. Me puse de lado, luego de espaldas. Era mi cama de siempre, pero no podía dormirme.

Todo parecía muy diferente, fuera de su sitio. La cama no estaba colocada en el mismo sentido que en mi habitación de toda la vida. Las paredes estaban desnudas; no había tenido tiempo de pegar mis pósters.

La habitación era enorme y estaba vacía. Las sombras eran muy oscuras.

Sentía cierta comezón en la espalda, luego en todo el cuerpo. «Esto está lleno de pulgas», pensé sentándome en la cama. Pero era ridículo pensar eso, pues estaba en mi cama de siempre, con sábanas limpias.

Me obligué a acostarme de nuevo y cerré los ojos. A veces, cuando no puedo conciliar el sueño, cuento en silencio de dos en dos, imaginando cada número en mi cabeza mientras van pasando. Esto tranquiliza mi mente y me permite dormir.

Intenté, con la cara hundida en la almohada, imaginar los números al pasar: 4… 6… 8…

Bostecé ruidosamente. Estaba despierta todavía y eran las dos de la madrugada.

«Me he desvelado para siempre —pensé—. Jamás podré conciliar el sueño en esta habitación.»

Pero me dormí a no sé qué hora ni durante cuánto tiempo. Una o dos horas, a lo sumo. Fue un sueño ligero, incómodo. Luego algo me despertó. Me senté en la cama, sobresaltada.

A pesar del calor que había en el ambiente, sentía frío en todo el cuerpo. Había quitado la colcha y la sábana. Me estiré para agarrarlas. Pero el miedo me paralizó de nuevo.

Oí cuchicheos.

Alguien estaba cuchicheando dentro de la habitación.

—¿Quién… quién es? —Mi propia voz era también un cuchicheo diminuto y asustadizo.

Tomé la colcha y la sábana y me cubrí hasta el mentón.

Oí nuevos cuchicheos. Mis ojos se iban acostumbrando a la luz tenue, la cual me permitía distinguir las siluetas a mi alrededor.

Las largas cortinas de mi anterior habitación, que mamá había

colgado esa tarde, ondeaban en la ventana.

Eso explicaba los cuchicheos. Era el ruido de las cortinas lo que me había despertado.

Una suave luz grisácea se filtraba por la ventana, y proyectaba sobre mi cama las sombras de las cortinas ondeantes.

Bostezando, me estiré y bajé de la cama. Sentí un frío gélido al cruzar la habitación, sobre las tablas desnudas, para cerrar la ventana.

—¡Ay!

Se me escapó un grito ahogado cuando vi que la ventana estaba cerrada.

¿Cómo podían moverse las cortinas de esa manera, si la ventana estaba cerrada? Me quedé parada frente a ella, contemplando los tonos grises de la noche. No había casi viento. La ventana parecía herméticamente cerrada.

¿Había imaginado ese movimiento de las cortinas? A lo mejor mis ojos me engañaban.

Bostecé de nuevo y volví a la cama, atravesando el extraño juego de sombras. Me cubrí totalmente con la colcha y la sábana. «Amanda, deja de asustarte sin necesidad», me regañé a mí misma.

Minutos después me dormí de nuevo y tuve el sueño más terrorífico de mi vida.

Soñé que estábamos todos muertos. Mamá, papá, Josh y yo.

Estábamos sentados alrededor de la mesa del comedor, en la nueva casa. El comedor estaba muy iluminado, tan intensamente, en realidad, que al principio no podía distinguir nuestras caras. Las veía blancas y un tanto borrosas.

Luego, lentamente, pude enfocar la vista y distinguir que no teníamos rostros. Nuestra piel había desaparecido, y sólo relucían nuestras calaveras de color verde tirando a gris. Había trozos de piel colgando de mis huesudas mejillas. Y en lugar de ojos, sólo tenía dos cuencas, vacías y negras.

Los cuatro, todos muertos, comíamos en silencio. Nuestros platos contenían sólo unos pequeños huesos. En el centro de la mesa había una gran fuente rebosante de huesos, huesos humanos.

Y luego, en medio de este sueño, nuestra horripilante cena se vio interrumpida con unos fuertes golpes en la puerta, golpes

insistentes, cada vez más fuertes. Era Kathy, mi mejor amiga. La veía a través de la ventana, golpeando la puerta desesperadamente con los puños.

Quería abrirle la puerta a Kathy. Quería salir corriendo del comedor, abrirle la puerta y abrazarla. Necesitaba hablar con ella. Explicarle qué era lo que me había sucedido, que estaba muerta y que mi rostro había desaparecido.

Sentía vivos deseos de ver a Kathy.

Pero no podía moverme de la mesa. Lo intentaba, me esforzaba, pero no podía levantarme.

Los golpes en la puerta se hicieron más y más fuertes, hasta volverse ensordecedores. Pero yo seguía sentada, allí, con mi grotesca familia, tomando huesos de la fuente y comiéndomelos.

Me desperté sobresaltada, con la horripilante sensación del sueño todavía presente. Aún sentía los golpes en mis oídos. Agité la cabeza, esforzándome por olvidar aquella horrible pesadilla.

Ya era de día. Podía ver el azul del cielo a través de la ventana.

—¡No, no!

Las cortinas. Ondeaban de nuevo, meciéndose ostensiblemente.

Sentada en la cama, observé…

La ventana aún estaba cerrada.

7

—Voy a ver qué pasa con esa ventana. Tiene que haber una grieta o algo —dijo papá. Estábamos desayunando, y papá engulló otro bocado de huevos con jamón.

—Pero, papá… ¡es muy extraño! —dije. Todavía sentía miedo—. Las cortinas se movían como si algo las hiciera temblar, ¡y la ventana estaba cerrada!

—A lo mejor le falta un vidrio —sugirió.

—Y a Amanda un tornillo —dijo Josh. Creía que era un chiste extraordinario.

—No te metas con tu hermana —lo regañó mamá, colocando su plato sobre la mesa antes de sentarse. Parecía cansada. Su pelo negro, normalmente sujeto atrás, estaba desgreñado. Se ciñó el cinturón del albornoz—. ¡Ay! Anoche no dormí ni siquiera dos horas.

—Yo tampoco —suspiré—. De nuevo pensé que pronto aparecería en mi cuarto aquel muchacho.

—Amanda, olvídate de esas ideas —dijo mamá, visiblemente molesta—. Muchachos en tu cuarto, cortinas que tiritan. Debes reconocer que estás nerviosa y que tu imaginación se está desbordando.

—Pero mamá… —protesté.

—Seguro que había un fantasma detrás de la cortina —dijo Josh para fastidiar. Levantó las manos y soltó un fantasmagórico aullido.

—¡Un momento! —Mamá le puso la mano en el hombro—. ¿Os acordáis de que me habéis prometido no asustaros el uno al otro?

—No va a ser fácil para nadie adaptarse a este lugar —dijo papá—. Es posible, Amanda, que lo de las cortinas haya sido un sueño. ¿No nos has dicho algo acerca de una pesadilla?

La terrorífica pesadilla volvió a invadir mi mente. Volví a ver la fuente rebosante de huesos humanos. Sentí escalofríos.

—Este sitio es muy húmedo —dijo mamá.

—Sí —respondió papá—. Pero ya se secará con un poco de sol.

Miré por la ventana. El cielo se había convertido en una sólida masa color gris. Los árboles parecían difundir la oscuridad a nuestro jardín.

—¿Dónde está Petey? —pregunté.

—Ahí fuera —respondió mamá, mientras comía un bocado de huevo—. Él también se despertó temprano. No podía dormir, supongo. Entonces lo dejé salir.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó Josh. Mi hermano siempre tenía que conocer el programa del día con todo lujo de detalles. Con el propósito de oponerse a todo.

—Tu padre y yo tenemos que abrir más paquetes —dijo mamá. Echó una mirada al pasillo, repleto de cajas sin abrir—. Vosotros podéis ir conociendo el vecindario. Explorad un poco. Tratad de hacer amigos de vuestra edad.

—En otras palabras —dije— quieres que no molestemos.

Mamá y papá se rieron.

—Amanda, eres demasiado inteligente —dijo papá.

—Pero yo quiero organizar mis cosas —objetó Josh. Yo sabía de antemano que no le iba a gustar el plan, como de costumbre.

—Vestíos y procurad distraeros —dijo papá—. Y llevaos a Petey, ¿vale? Con correa. Dejé una al pie de la escalera.

—¿Y nuestras bicicletas? ¿Por qué no podemos ir en bicicleta? —preguntó Josh.

—Porque están esparcidas entre miles de cosas, al fondo del garaje —dijo papá—. Imposible sacarlas. Además, una de las ruedas está pinchada.

—Si no puedo ir en bicicleta, entonces me quedo aquí —insistió Josh, cruzándose de brazos.

Mamá y papá trataron de hacerlo entrar en razón. Luego lo amenazaron. Al final, mi hermano aceptó dar «un paseo corto».

Terminé mi desayuno, pensando en Kathy y en otras amigas y amigos. Me preguntaba cómo serían los niños de Dark Falls. ¿Iba a encontrar amigos aquí? ¿Amigos de verdad?

Me ofrecí a lavar los platos del desayuno, ya que mamá y papá tenían tanto trabajo que hacer. El agua tibia me calentaba las manos mientras iba enjabonando y limpiando los platos. Seré muy rara, pero a mí me gusta lavar platos.

Detrás de mí, en alguna parte de la casa, oía a Josh discutir con papá. Apenas oía algunas palabras entre el sonido que producía el chorro de agua.

—Tu pelota de baloncesto está en alguna de esas cajas —decía papá. Luego Josh respondió algo. Entonces papá replicó—: ¿Cómo voy a saber en cuál?

Poco después Josh añadió algo más, y papá contestó:

—No. No tengo tiempo ahora para buscarla. Aunque no lo creas, tu pelota no es mi prioridad número uno en este momento.

Coloqué los platos en el escurridor y busqué un trapo para secarme las manos. No encontré ninguno. Seguramente estaban en alguna caja. Me sequé las manos lo mejor que pude en el delantal, y me dirigí hacia la escalera.

—Estaré lista en cinco minutos —llamé a Josh, quien aún discutía con papá en la sala—. Nos vamos ahora mismo.

Comencé a subir la escalera, pero me detuve. Arriba, en el descansillo del segundo piso, me esperaba una extraña muchacha, más o menos de mi edad, de pelo negro y corto. Me sonreía, pero no era una sonrisa cálida ni amistosa. Sino la sonrisa más fría y más siniestra, que había visto en mi vida.



Una mano me tocó el hombro.

Me volví precipitadamente.

Era Josh.

—No voy a salir si no puedo llevar la pelota —dijo.

—Josh ¡por favor! —Miré nuevamente hacia el segundo piso. La niña ya no estaba.

Sentí un escalofrío. Las piernas me temblaban. Me así a la barandilla.

—¡Papá! ¡Ven, por favor!

Josh se sintió culpable.

—¡Pero yo no he hecho nada! —gritó.

—No. No eres tú —dije, y llamé otra vez a papá.

—Amanda, estoy ocupado —dijo papá, quien apareció al pie de la escalera, sudando por el esfuerzo de armar e instalar los muebles de la sala.

—Papá, he visto a alguien. Ahí —señalé—. Una niña.

—Hazme el favor, Amanda —respondió con una mueca—. Deja de ver cosas ¿vale? No hay nadie en esta casa salvo nosotros cuatro. Y tal vez algún que otro ratoncito.

—¿Ratones? —preguntó Josh, entusiasmado—. ¿De verdad? ¿Dónde?

—Papá, no es una fantasía —dije. La voz se me quebraba. Me dolía profundamente que no me creyera.

—Amanda, mira otra vez… por favor —dijo papá contemplando el descansillo del segundo piso—. ¿Qué ves?

Seguí su mirada. Había un montón de ropa. Seguramente mamá la acababa de sacar de las cajas.

—Son simples prendas de vestir —dijo papá con impaciencia—. No es ninguna niña. Es ropa. Sólo ropa.

—Perdóname —me disculpé en voz baja, y repetí, mientras subía por la escalera—. Perdóname.

Pero no me sentía arrepentida, sino confundida.

Y asustada.

¿Cómo podía imaginar yo que un montón de ropa se convirtiera en una niña sonriente?

No era posible.

No estoy loca. Y veo bien.

¿Qué me estaba pasando, entonces?

Abrí la puerta de la habitación, encendí la luz y vi que las cortinas ondeaban ante la ventana.

—¡No… Otra vez no!

Corrí a la ventana. Y la encontré abierta. ¿Quién la había abierto?

Probablemente, mamá.

Un aire caliente y húmedo se introdujo en el cuarto. El cielo estaba gris y pesado. Olía a lluvia.

Me asusté otra vez al mirar hacia la cama. Alguien me había tendido una muda de ropa. Unos téjanos viejos y una camiseta, a los pies de la cama.

¿Quién los puso ahí? ¿Mamá?

Me asomé a la puerta y llamé:

—¡Mamá! ¿Has sido tú la que me ha puesto una muda de ropa encima de la cama?

Oí que me contestaba, pero no entendí bien qué decía.

«¡Calma, Amanda! —me dije a mí misma—. ¡Cálmate! Por supuesto que ha sido mamá la que ha puesto ahí la ropa. ¿Quién si no?»

Desde la puerta oí cuchicheos en el armario. Cuchicheos y risas nerviosas detrás de la puerta del armario.

Era el colmo.

—¿Qué está pasando aquí? —grité a pleno pulmón. Corrí al armario, furibunda, y abrí la puerta con todas mis fuerzas.

Con auténtica furia aparté la ropa colgada. Pero no había nadie.

«¿Ratones? —pensé—. ¿Serán los ratones de los que ha hablado papá?»

—Tengo que salir de aquí —dije en voz alta.

Me di cuenta de que aquella habitación me estaba enloqueciendo. No. Más bien me estaba volviendo loca yo sola. Por imaginar tanta cosa rara.

Todo en la vida tiene una explicación lógica. Todo. Tras ponerme los téjanos, y mientras cerraba la cremallera, repetí la palabra «lógica» varias veces. Lo hacía mentalmente. Lo hice tantas veces que al final ya no parecía una palabra de verdad.

«¡Cálmate, Amanda. Cálmate!»

Respiré profundamente y conté hasta diez.

—¡Buuu!

—¡Josh! ¡No sigas con eso! —le dije—. Además, no me has asustado. —Me había puesto muy seria con mi hermano, pero no tanto en realidad como revelaba mi tono de voz.

—¡Vámonos! —dijo, mirándome desde la puerta—. Este lugar me produce escalofríos.

—¿A ti también? —inquirí—. ¿Qué problema tienes tú?

Empezó a decir algo… pero se detuvo. Parecía turbado.

—Olvídalo —murmuró.

—No. Dime —insistí—. ¿Qué es lo que ibas a decir?

Josh le dio una patada a la moldura del piso. Finalmente dijo:

—Anoche tuve un sueño terrorífico. —Miró las cortinas que seguían ondeando a mis espaldas.

—¿Un sueño? —dije. Recordaba mi propia pesadilla.

—Sí. Había dos muchachos en mi cuarto. Dos tipos bastante malos.

—¿Qué hicieron? —le pregunté.

—No me acuerdo —dijo Josh, evitando mirarme a los ojos—. Sólo recuerdo que me asustaron.

—¿Y qué paso? —pregunté, al tiempo que me cepillaba el pelo frente al espejo.

—Me desperté —dijo. Luego agregó, con impaciencia—: ¡Vámonos!

—¿Esos muchachos te dijeron algo? —pregunté.

—No. No creo —contestó pensativo—. Sólo se reían.

—¿Se reían?

—Sí, con una risa nerviosa. Pero no quiero hablar más de eso. —Parecía inquieto—. ¿Vamos a dar ese estúpido paseo, o no?

—Sí. Ya estoy lista —dije. Terminé de cepillarme y eché un último vistazo a mi reflejo—. ¡Vamos al estúpido paseo!

Lo seguí por el pasillo. Al pasar junto al montón de ropa, pensé en la muchacha que había visto allí. Y en el muchacho en la ventana, cuando llegamos. Y en los dos muchachos del sueño de Josh.

Sólo podía pensar que Josh y yo estábamos muy nerviosos por la mudanza a este nuevo lugar. Tal vez mamá y papá tenían razón. Imaginábamos más de la cuenta. Tenía que ser nuestra imaginación.

Si no, ¿qué otra cosa podía ser?



Segundos más tarde llegamos al patio posterior de la casa, en busca de Petey. Como siempre, estaba contento de vernos. Se nos echó encima, ensuciando nuestra ropa con sus patas llenas de barro, corriendo con frenesí a nuestro alrededor, dando vueltas y más vueltas, levantando hojas. Me alegré de verlo.

Hacía un calor bochornoso, a pesar del cielo gris. No soplaba el viento. Los pesados árboles se erguían inmóviles, como estatuas.

Caminamos por la entrada de gravilla enfilando la calle. Con los zapatos levantábamos las hojas amarillas. Petey corría a nuestro lado; a veces se adelantaba, a veces se quedaba atrás.

—Por lo menos papá no nos ha encargado rastrillar todas estas hojas —dijo Josh.

—Pero lo hará —opiné yo—. Creo que todavía no ha encontrado el rastrillo.

Josh hizo una mueca. Nos detuvimos en la acera, observando la casa. Las dos ventanas grandes del segundo piso nos devolvían la mirada como si fueran un par de ojos.

Por primera vez noté que la casa contigua era casi del mismo tamaño que la nuestra, sólo que era de madera y no de ladrillo. Las cortinas de la sala estaban echadas. Varias de las ventanas del segundo piso tenían también los postigos cerrados. Esa casa, como la nuestra, estaba en penumbra, rodeada de árboles.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Josh, tirando un palito para que Petey lo buscara.

—La escuela está por ese lado —dije señalando—. Vamos a

inspeccionarla, ¿no te parece?

La calle era empinada. Josh había cogido una rama de árbol que había caído sobre la acera y la utilizaba como bastón. Petey trataba de morderlo mientras caminábamos.

No veíamos a nadie en la calle, ni en los jardines de las casas. Tampoco pasó ningún coche.

Empezaba a creer que el pueblo estaba totalmente abandonado, cuando de pronto el muchacho salió de detrás de un pequeño seto.

Apareció de forma tan inesperada que nos hizo parar en seco a Josh y a mí.

—¡Hola! —saludó tímidamente.

—¡Hola! —contestamos al unísono.

Entonces, antes de que pudiéramos evitarlo.

Petey se acercó al muchacho, husmeó sus zapatos y se puso a ladrar y a gruñir. El muchacho dio unos pasos hacia atrás y levantó las manos como para protegerse del perro. Parecía bastante asustado.

—¡Quieto, Petey! —ordené.

Josh lo agarró y lo cogió en brazos, pero el perro continuó gruñendo.

—No muerde —le dije al muchacho—. Lo siento.

—Está bien —dijo mirando cómo se retorcía Petey, tratando de escaparse de los brazos de Josh—. Seguramente huele algo en mí.

—¡Quieto, Petey! —ordené de nuevo. El perro no cesaba de retorcerse—. ¿Quieres que te ponga la correa?

El muchacho tenía el pelo rubio, corto y ondulado, y sus ojos eran de un azul muy claro. Tenía una simpática nariz respingona, que parecía un poco fuera de lugar en una cara tan seria. Llevaba un suéter morado de manga larga, a pesar del bochorno, y unos téjanos negros ceñidos. Un gorrito de béisbol sobresalía del bolsillo de detrás del pantalón.

—Yo soy Amanda Benson —le dije—. Y éste es mi hermano Josh.

Indeciso, Josh colocó a Petey nuevamente en el suelo. El perro ladró una sola vez, pero no le quitó los ojos de encima al muchacho. Gruñó suavemente y luego se sentó y comenzó a rascarse.

—Mi nombre es Ray Thurston —dijo el muchacho, con las

manos en los bolsillos y la mirada clavada en el perro. Luego se relajó un poco al notar que el animal había dejado de amenazarlo.

De pronto caí en la cuenta de que Ray me resultaba familiar. Pero, ¿dónde lo había visto antes? ¿Dónde? Lo miré atentamente hasta recordar…

Entonces sentí tal miedo que me faltó el aliento.

Ray era el muchacho, el muchacho de mi habitación. En la ventana.

—¡Tú…! —No me salían las palabras—. ¡Tú estabas en nuestra casa!

Se veía confundido:

—¿Eh?

—Tú estabas en mi habitación, ¿sí o no? —proseguí.

Se rió.

—No entiendo —dijo—. ¿En tu habitación?

Petey levantó la cabeza y gruñó nuevamente. Luego se dedicó otra vez a rascarse en serio, como buscándose pulgas.

—Creo haberte visto —dije. Ahora dudaba. A lo mejor no era él. Tal vez…

—No he estado en tu casa en mucho tiempo —dijo Ray, mirando a Petey todavía con desconfianza.

—¿Mucho tiempo?

—Sí. Es que antes vivía allí —respondió.

Los dos lo miramos atónitos.

—¿En nuestra casa?

Ray asintió con la cabeza.

—Cuando llegamos al pueblo por primera vez —dijo. Cogió un guijarro y lo tiró a la calle.

Petey gruñó y empezó a correr detrás de la piedra. Luego cambió de idea y se situó en plena calle, moviendo la cola de la emoción.

Pesadas nubes bajas se acumulaban en el cielo. La oscuridad crecía.

—¿Dónde vives ahora? —le pregunté.

Ray tiró otro guijarro y señaló vagamente hacia la calle.

—¿Te gustaba nuestra casa? —preguntó Josh.

—Sí. Estaba bien —respondió Ray—. Me gustaba por lo oscura

que era.

—¿De veras? —dijo Josh incrédulo—. Para mí es horrible. Con tantas sombras…

Petey lo interrumpió. Empezó a ladrarle otra vez a Ray. Se puso a centímetros de distancia del muchacho y luego se retiró como asustado. Ray también se puso nervioso, dando unos cuantos pasos atrás.

Josh sacó la correa del bolsillo de su pantalón:

—Lo siento, Petey —dijo. Lo mantuve quieto mientras Josh unía la correa al collar.

—Nunca ha hecho esto antes. En serio —le dije a Ray.

La correa confundía a Petey. Se resistía con fuerza y tiraba de Josh hasta la mitad de la calle. Pero por lo menos dejó de ladrar.

—Hagamos algo —dijo Josh. Estaba aburrido.

—¿Como qué? —preguntó Ray. Se mostraba más confiado ahora que Petey estaba sujeto.

—Podríamos ir a tu casa —propuso Josh.

Ray movió la cabeza.

—No creo —dijo—. Ahora no es el momento.

—¿Dónde está la gente? —pregunté, mirando la calle arriba y abajo—. Este sitio parece muerto ¿no?

Ray se rió.

—Sí. Podría decirse eso. —Luego preguntó—: ¿Queréis que os enseñe el patio de recreo detrás de la escuela?

—Bueno, ¿por qué no? —dije. Me gustaba la idea.

Los tres emprendimos el camino, Ray delante, yo detrás, al lado de Josh, que asía la rama de árbol con una mano y el lazo de Petey con la otra. El perro corría en cualquier dirección, dándole problemas a Josh.

Doblamos por la primera esquina y tropezamos con una pandilla de jóvenes.

Eran diez o doce, la mayoría muchachos, pero había también algunas niñas. Se reían y gritaban, empujándose unos a otros, como jugando, mientras se nos acercaban ocupando el centro de la calle. Algunos tenían mi edad, más o menos. Los otros eran un poco mayores. Vestían téjanos y camisetas de colores oscuros. Una de las niñas destacaba por su pelo rubio, lacio, y su apretada camiseta

verde.

—¡Eh, mirad! —gritó un muchacho alto, de pelo negro engominado. Nos señalaba.

Al vernos se callaron, pero seguían avanzando hacia nosotros reprimiendo la risa, como si se hubieran explicado un chiste.

Al ver que se acercaban, nos detuvimos. Yo sonreí y quise decir ¡Hola! Petey tiraba de la correa y ladraba con todas sus fuerzas.

—¡Hola, chicos! —dijo el joven alto de pelo negro, sonriente. Los demás encontraron esto muy divertido, quién sabe por qué. Se rieron. La niña de camiseta verde empujó a un muchacho bajito pelirrojo. El muchacho casi se me cae encima.

—¿Cómo van las cosas, Ray? —preguntó una niña de pelo negro corto, también sonriente.

—Más o menos. ¿Qué tal, chicos? —respondió Ray. Y nos dijo:

—Éstos son unos amigos míos. Viven aquí.

—¡Hola! —dije. Me sentía incómoda. Quería que Petey dejara de ladrar y tirar de esa manera. El pobre Josh apenas si podía contenerlo.

—Os presento a George Carpenter —dijo Ray, señalando al muchacho pelirrojo. Éste saludó con la cabeza—. Y Jerry Franklin, Karen Somerset, Bill Gregory… —Completó el círculo de muchachos, presentándonos a cada uno. Intenté recordar los nombres, pero era imposible, por supuesto.

—¿Os gusta Dark Falls? —me preguntó una de las niñas.

—Pues… no sabría decirlo —contesté—. Es nuestro primer día. Parece un lugar amable.

Por alguna razón, algunos se rieron de mi respuesta.

—¿Qué tipo de perro es ése? —le preguntó George Carpenter a Josh.

Agarrándolo de la correa, Josh le habló de la raza de Petey. George miraba al perro como si nunca hubiera visto un animal parecido en su vida.

Karen Somerset, una niña muy bonita de pelo rubio y corto, se me acercó mientras los otros se fijaban en Petey:

—¿Sabes qué? Yo viví una vez en tu casa —dijo en voz baja.

—¿Qué? —Quizá no había oído bien.

—Vamos al patio de recreo —dijo Ray, interrumpiendo.

Nadie respondió a su sugerencia. Todos se callaron. El mismo Petey cesó de ladrar.

¿De verdad me había dicho Karen que vivió en nuestra casa? Quería preguntarle, pero ella se había incorporado nuevamente al círculo de sus amigos.

El círculo.

Habían formado un círculo en torno a Josh y a mí.

Sentí un espasmo de miedo. ¿Sería mi imaginación?

De pronto parecían todos tan diferentes… Sonreían, pero sus rostros estaban tensos, en actitud vigilante. Como si estuvieran a la expectativa de algo.

Dos muchachos llevaban bates de béisbol. La niña de camiseta verde me miraba de arriba abajo; no perdía detalle.

Nadie dijo nada. La calle estaba en silencio. Sólo se oía el leve gemido de Petey.

De repente me sentí muy asustada.

¿Por qué nos miraban así?

¿O era otra vez mi imaginación?

Volví a mirar a Ray, que estaba a mi lado. Parecía tranquilo, pero no me miró.

—¡Venga, muchachos! —dije—. ¿Qué pasa? —Traté de hablar en tono despreocupado, pero me temblaba la voz.

Miré a Josh. Estaba tratando de calmar a Petey, y no parecía haberse fijado en el cambio que se había producido en el ambiente.

Los dos muchachos con bates de béisbol los levantaron a la altura de sus cinturones y dieron unos pasos adelante.

Eché una mirada recorriendo el círculo. Sentía angustia, el miedo se había apoderado de mí.

El círculo se cerró. Los muchachos nos habían cercado totalmente.

10

Las negras nubes parecían descender sobre nosotros. Sentía el aire pesado, húmedo.

Josh le arreglaba el collar al perro y aún no caía en la cuenta de lo que estaba sucediendo. Yo esperaba que Ray dijera algo, o que interviniera para tranquilizar a los muchachos. Pero no. Permaneció inmóvil, inexpresivo, a mi lado.

El círculo se cerró aún más. Los muchachos siguieron avanzando.

Se me había cortado la respiración. Abrí la boca, tomé aire, a punto de dar un grito tremendo.

—¡Hola, chicos! ¿Qué pasa?

Era la voz de un hombre, hablando desde algún lugar.

Todos se volvieron a mirar al señor Dawes, que venía hacia nosotros dando zancadas. Cruzaba la calle rápidamente, con la chaqueta abierta y una sonrisa amistosa.

—¿Qué pasa? —preguntó de nuevo.

No se había dado cuenta de que la pandilla de jóvenes nos había amenazado a Josh y a mí.

—Vamos al patio de la escuela —dijo George Carpenter, jugando con el bate de béisbol—. A jugar.

—Buena idea —dijo el señor Dawes, arreglándose la corbata. Miró hacia el cielo oscuro—: ¡Ojalá no caiga un chaparrón y os interrumpa el juego!

Los jóvenes se habían dispersado en pequeños grupos de dos o tres. El círculo había desaparecido.

—¿Ese bate es de béisbol? —le preguntó el señor Dawes a George.

—George no sabe —contestó otro muchacho—. Nunca ha jugado con él.

Todos se rieron. George amenazó con el bate al otro muchacho, en broma.

El señor Dawes agitó la mano en señal de despedida. Luego se detuvo y nos miró sorprendido: —Josh, Amanda —dijo—, no sabía que estuvierais aquí. No os he visto.

—Buenos días —respondí. Estaba desorientada. Hacía unos minutos me sentía muy asustada, y ahora todo el mundo se reía y bromeaba.

Tal vez sólo había imaginado que los muchachos nos amenazaban. Ray y Josh se comportaban como si todo fuera normal. ¿Sería otra vez mi desbocada imaginación?

Si el señor Dawes no hubiera aparecido, ¿qué habría pasado?

—¿Cómo os va en la nueva casa? —preguntó el señor Dawes, pasándose la mano por el pelo rubio.

—Bien —contestamos al unísono. De repente Petey empezó a asediar al señor Dawes con sus ladridos, tirando de la correa.

El señor Dawes hizo una exagerada mueca de disgusto.

—¡Me siento maltratado! El perro todavía no me conoce. —Se inclinó sobre Petey—: ¡Hola, perro! ¡Tranquilízate!

Petey respondió con ladridos aún más furiosos.

—Hoy parece no conocer a nadie —le dije al señor Dawes disculpándome.

¡El señor Dawes se irguió de nuevo, se encogió de hombros y dijo:

—Uno no puede caerle bien a todo el mundo. —Luego volvió a su coche, estacionado en la calle—. Precisamente voy a vuestra casa —nos dijo— a ver si puedo ayudar en algo a vuestros padres. ¡Divertíos, muchachos!

Subió al coche y desapareció.

—Es un tipo simpático —dijo Ray.

—Sí —dije. Aún me sentía incómoda. Me preguntaba qué harían los muchachos ahora que el señor Dawes no estaba. ¿Volverían a formar ese círculo amenazante?

Pero no. Todos se dirigieron hacia la escuela.

En el camino hacían comentarios jocosos entre sí y hablaban como cualquier grupo de jóvenes. Casi ni se fijaban en nosotros.

Empecé a sentirme un poco ridícula. Era evidente que ninguno quería asustarnos, ni a mí ni a Josh. Habían sido imaginaciones mías.

Por lo menos, pensé, no había gritado, ni había armado un escándalo. En definitiva, no había quedado como una loca de remate.

El patio de recreo estaba vacío. Supuse que los demás jóvenes del vecindario se habían quedado en sus casas porque el tiempo amenazaba lluvia. El patio era un amplio terreno llano cercado por una alta valla de metal. Próximos al edificio de la escuela había columpios y toboganes. Al otro extremo había dos canchas de béisbol. Más allá pude distinguir unas canchas de tenis, también vacías.

Josh ató a Petey a la cerca y se reunió corriendo a los demás. El muchacho llamado Jerry Franklin seleccionó los equipos. Yo formé parte del mismo equipo de Ray. Josh estaba en el otro.

Cuando le tocó el turno a nuestro equipo, me sentí contenta y un poco nerviosa. No soy una experta jugadora. Sé darle a la pelota más o menos. Pero a campo abierto soy un fracaso total. Por fortuna, Jerry me colocó en el puesto más alejado, donde la pelota llegaba muy de vez en cuando.

Las nubes se abrieron y el cielo se iluminó durante un rato. Jugamos dos vueltas. El otro equipo estaba ganando: ocho a dos. Me divertía. Sólo una vez metí la pata. Y di un doble la primera vez que me tocó batear.

Me sentí contenta de estar con un nuevo grupo de jóvenes. Parecían simpáticos, sobre todo esa niña llamada Karen Somerset. Ella me daba conversación mientras esperábamos nuestro turno con el bate. Tenía una sonrisa simpática a pesar de los frenos de metal que llevaba en los dientes. Tenía ganas de ser mi amiga. Parecía evidente.

En el momento en que mi equipo comenzaba la tercera vuelta salió el sol. De pronto oí un fuerte pitido. Provenía de Jerry Franklin, el organizador. Soplaba un silbato de plata y todos se le

acercaron corriendo.

—Hemos de terminar ahora mismo —dijo mirando al cielo, que se iluminaba cada vez más—. Acordaos de que hemos prometido estar en nuestras casas a la hora del almuerzo.

Miré el reloj. Aún no eran las once y media. Muy temprano todavía.

Pero, para mi sorpresa, nadie protestó.

Todos se despidieron enseguida, y comenzaron a correr. No podía creer que se fueran tan rápidamente. Como si fuera una competición, o algo así.

Karen pasó junto a mí como una exhalación con la cabeza gacha, con una expresión muy seria en su simpática cara.

Luego se detuvo un instante para mirarme:

—Me alegro de haberte conocido, Amanda —dijo—. Hemos de reunimos un día de estos.

—¡Claro! —le dije—. ¿Sabes dónde vivo?

No oí claramente su respuesta. Asintió con la cabeza, y me parece que dijo:

—Sí, ya sé. Yo también he vivido en esa casa. Pero era imposible que hubiera dicho eso.



Pasaron los días. Josh y yo nos íbamos acostumbrando a la nueva casa y a los nuevos amigos.

Nos encontrábamos con ellos todos los días en el patio de la escuela; aunque no eran exactamente amigos todavía. Hablábamos y nos dejaban jugar en sus equipos. Pero no era fácil conocerlos bien.

En mi habitación oía cuchicheos a altas horas de la noche, y risas contenidas, pero me esforzaba por no hacerles caso.

Una noche creí haber visto a una muchacha toda vestida de blanco en el pasillo del segundo piso. Pero cuando me acerqué no encontré más que un montón de sábanas sucias y ropa de cama amontonada contra la pared.

Josh y yo nos adaptábamos, pero Petey mostraba un comportamiento muy extraño. Lo llevábamos a la escuela todos los días, pero teníamos que atarlo a la cerca. En caso contrario, ladraba a los muchachos y trataba de morderlos.

—Todavía está nervioso por el cambio —le decía a Josh—. Se adaptará enseguida, ya lo verás.

Pero no se adaptó. Pasados quince días, aproximadamente, cuando terminábamos un juego de béisbol-sala con Ray, Karen Somérset, Jerry Franklin, George Carpenter y otros amigos, miré hacia la cerca y vi que Petey había desaparecido.

No se sabía cómo, pero el perro se había librado de la correa y se había escapado.

Lo buscamos durante varias horas, llamándolo, dimos una vuelta

por todas las manzanas, nos metimos en los patios de las casas, en descampados y bosques. Entonces, después de haber recorrido todo el vecindario, Josh y yo nos dimos cuenta de que no teníamos ni idea de dónde estábamos.

Las calles de Dark Falls parecían idénticas las unas a las otras. En todas había casas de ladrillo o madera, con viejos y frondosos árboles alrededor.

—Es increíble —dijo Josh—. Nos hemos perdido. —Se apoyó en el tronco de un árbol para descansar un rato.

—¡Qué perro! —murmuré, buscando todavía a Petey por la calle —. ¿Por qué ha hecho esto? Nunca se había escapado.

—No sé cómo ha podido soltarse —dijo Josh, agitando la cabeza y limpiándose el sudor de la frente con la manga de la camiseta—. Lo até bien.

—¡Un momento! —dije—. A lo mejor ha vuelto a casa. —La sola idea de que así fuera me dio ánimos enseguida.

—¡Claro! —Josh abandonó el tronco del árbol—. Apuesto a que tienes razón, Amanda. Lo más probable es que lleve horas en casa, y a nosotros, no se nos ha ocurrido mirar allí primero. ¡Vámonos! ¡Qué tontos hemos sido!

Eché una mirada a la calle y a las casas vacías.

—Pero primero tenemos que encontrar el camino de vuelta —dije.

Traté de recordar qué dirección habíamos tomado cuando salimos de la escuela. Pero no me acordaba. Entonces empezamos a caminar al buen tuntún.

Por fortuna, al llegar a la esquina, vimos la escuela. Habíamos trazado un círculo completo. Desde allí fue fácil orientarnos.

Al pasar frente a la escuela observé el lugar de la cerca donde Josh había atado al perro. ¡Qué animal tan tonto! ¡Qué mal se estaba portando desde que habíamos llegado a Dark Falls!

¿Estaría en casa ahora? Eso deseaba.

Minutos más tarde Josh y yo llegamos a la entrada de gravilla y empezamos a llamar a Petey a grito pelado. La puerta principal se abrió bruscamente y allí estaba mamá, con el pelo recogido en un pañuelo rojo, y los téjanos llenos de polvo.

Acababa de pintar el porche de atrás, junto con papá.

—¿De dónde salís? ¡Hemos comido hace dos horas!

Los dos preguntamos al unísono:

—¿Petey está aquí?

—Lo hemos estado buscando —dije yo.

—¿Está aquí? —insistió Josh.

Mamá no entendía nada.

—¿Petey? ¿No estaba con vosotros?

El corazón me dio un vuelco. Josh se echó al suelo profiriendo un gemido y se quedó tendido de espaldas entre las hojas del jardín.

—Entonces ¿no lo has visto? —pregunté desconcertada y con voz temblorosa—. Sí, estaba con nosotros, pero se escapó.

—¡Ay!, lo siento mucho —dijo mamá, instando a Josh para que se incorporara del suelo—. ¿Y cómo se ha escapado? ¿No le pusisteis la correa?

—Tienes que ayudarnos a encontrarlo —urgió Josh, sin levantarse—. Saca el coche. Lo tenemos que encontrar, ¡ahora mismo!

—No debe de estar lejos —dijo mamá—. Seguramente, tendréis hambre. Almorzad primero, y luego…

—¡No! ¡Ahora mismo! —gritó Josh.

Papá salió de la casa, con la cara y el pelo cubiertos de pequeñas gotas de pintura blanca:

—¿Qué está pasando? —preguntó—. Josh ¿por qué gritas así?

Le contamos lo que había pasado. Nos dijo que estaba muy ocupado, que no tenía tiempo para ir a buscar a Petey. Mamá se ofreció para esa tarea, pero sólo si almorzábamos primero. Levanté a Josh, tirándole de los brazos, y lo llevé a rastras hasta la casa.

Nos lavamos deprisa y engullimos un par de bocadillos en un santiamén. Mamá sacó el coche del garaje y nos dispusimos a recorrer todo el pueblo, a la búsqueda del perro extraviado.

Pero no tuvimos suerte.

Ninguna señal de nuestro entrañable perro.

Nos sentíamos pequeños, acongojados.

Mamá y papá llamaron a la policía. Papá repetía que Petey sabía orientarse, que en cualquier momento podría aparecer.

Pero no le creíamos.

¿Dónde estaría nuestro perro?

Cenamos en silencio. Fue la tarde más larga y horrible de toda mi vida.

—Lo até muy bien, seguro —dijo Josh con lágrimas en los ojos. No había probado bocado.

—Los perros son expertos en el arte de escapar —dijo papá—. No te preocupes. Petey volverá.

—¡Vaya nochecita! —dijo mamá, aburrida.

Se me había olvidado por completo que ellos iban a salir. Unos vecinos de la manzana contigua los habían invitado a una comida típica llamada «la olla de la suerte».

—Yo tampoco estoy para muchas fiestas —suspiró papá—. Estoy cansado de pintar todo el día. Pero hay que ser buenos vecinos. ¿Seguro que estaréis bien, verdad? —nos preguntó.

—Creo que sí —dije, pensando en Petey, con el oído atento a ver si lo oía ladrar o arañar la puerta.

Pero no. El tiempo pasó lentamente y a la hora de acostarnos Petey todavía no había aparecido.

Josh y yo subimos desanimados a nuestras habitaciones. Me sentía cansadísima de tanta preocupación y de tantas andanzas en busca de Petey. Sin embargo, sabía que no podría conciliar el sueño.

Estando aún en el pasillo, frente a mi puerta, oí cuchicheos dentro de la habitación y leves pasos. Los sonidos habituales. Ya no me asustaban. Ni siquiera me sorprendían.

Sin vacilar, entré y di la luz. Mi habitación estaba vacía, como ya era de esperar. Los misteriosos ruidos se acabaron. Vi que las cortinas pendían inmóviles en la ventana.

Luego vi la ropa extendida sobre la cama.

Varios téjanos y camisetas, y un par de pantalones de deporte. Además, mi única falda elegante.

«¡Qué raro!», pensé. Mamá era una fanática del orden. Si ella había lavado esta ropa, ¿por qué no la había doblado y guardado en los cajones?

Solté un suspiro y comencé a ordenar la ropa. Imaginé que mamá había tenido tanto trabajo que simplemente no pudo dejarlo todo bien arreglado.

Seguramente lavó la ropa y la dejó allí para que me encargara de ella. O tal vez con la intención de guardarla más tarde, pero

luego se distrajo con otras tareas y se le olvidó.

Media hora después estaba acostada en mi cama, aunque totalmente despierta, contemplando las sombras en el techo. Pasados unos minutos, o unas horas, no lo sé, seguía desvelada pensando en Petey, en nuestros nuevos amigos del pueblo, en el ambiente del pueblo mismo, cuando de pronto sentí que la puerta de mi habitación chirriaba y se abría.

Oí pasos que se deslizaban sigilosamente.

Me senté en la cama. Había alguien.

—¡Amanda! ¡Soy yo!

Alarmada no reconocí al principio el susurro de mi hermano.

—Josh ¿qué haces aquí? ¿Qué quieres?

Una súbita luz me deslumbró, obligándome a protegerme los ojos.

—Perdóname. Es la linterna. No pensaba…

—Esa luz es muy fuerte —le dije, todavía deslumbrada. Josh dirigió el poderoso rayo de luz blanca hacia el techo.

—Sí. Es una linterna halógena —explicó.

—Bueno ¿y qué es lo que quieres? —le pregunté irritada. Todavía no podía ver bien. Me restregué los ojos, pero eso no me alivio.

—Yo sé dónde está Petey —susurró Josh—. Y lo voy a buscar. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Qué dices? —Miré el pequeño reloj en mi mesa de noche—. Es más de media noche, Josh.

—¿Y qué? No tardaremos nada —respondió.

Ya había recuperado la vista y pude distinguir a Josh a la luz de la linterna. Estaba vestido. Llevaba téjanos y camisa de manga larga.

—No entiendo, Josh —dije, sentada en el borde de la cama—. Ya hemos buscado por todas partes. ¿Dónde crees que está Petey?

—En el cementerio —contestó Josh. Sus ojos se veían más grandes, oscuros y serios contra la luz blanca.

—¿Cómo lo sabes?

—Se fue allí la primera vez, ¿te acuerdas? Cuando llegamos a Dark Falls. Se metió en el cementerio que está detrás de la escuela.

—Un momento, por favor… Un momento.

—Hoy hemos pasado frente al cementerio, pero no hemos entrado. Allí está, Amanda. Estoy seguro. Y voy tras él, aunque no me acompañes.

—¡Cálmate, Josh! —le dije poniendo mis manos en sus delgados hombros. Para mi sorpresa, mi hermano estaba temblando—. No existe ninguna razón que pueda demostrarnos que Petey esté en el cementerio.

—Allí se metió la otra vez —insistió Josh—. Buscaba algo. Yo lo sabía, y ahora sé que nuevamente merodea por allí. —Se apartó de mí—. Bueno, Amanda, ¿vienes o te quedas?

Mi hermano debe de ser el muchacho más terco e impulsivo del mundo.

—Josh, ¿piensas explorar un cementerio desconocido a estas horas de la noche? —pregunté.

—No me da miedo —contestó iluminando mi habitación con su poderosa linterna.

Por un instante creí ver a alguien medio escondido detrás de las cortinas. Abrí la boca para gritar. Pero me detuve. Allí no había nadie.

—¿Vienes o te quedas? —repitió con impaciencia.

Iba a decirle que no. Pero volví a mirar las cortinas, y pensé que tal vez sería más peligroso estar aquí, en mi propia habitación, que en el cementerio.

—Bueno, voy —dije sin ganas—. Ahora, vete de aquí mientras me visto.

—Está bien —susurró, apagando la linterna y sumiendo otra vez la habitación en la más absoluta oscuridad—. Nos encontraremos abajo, en la entrada.

—Josh, sólo una rápida mirada al cementerio y luego regresamos. ¿Entendido?

—De acuerdo —respondió—. Estaremos aquí antes de que mamá y papá hayan regresado de la fiesta. —Se fue sin hacer ruido, bajando rápidamente los peldaños de la escalera.

«Ésta es la idea más loca de todas», pensé mientras buscaba mi ropa en la oscuridad.

Pero al mismo tiempo me parecía emocionante.

Claro que Josh se equivocaba, sin duda alguna. Petey no iba a

estar ahora merodeando a esas horas por un cementerio. Era absurdo.

Pero al menos no estaba lejos. Y sería una aventura. Algo sobre lo cual escribir una carta a mi amiga Kathy.

Y si Josh tenía razón y lográbamos encontrar al pobre perrito extraviado, pues tanto mejor.

Minutos después, vestida con unos téjanos y un suéter, me reuní con Josh. Era una noche tibia. Un pesado manto de nubes tapaba la luna. Por primera vez me di cuenta de que no había alumbrado público en nuestra calle.

Josh tenía la linterna halógena encendida, iluminando el suelo.

—¿Estás lista? —preguntó.

Era una pregunta estúpida. Si no estuviera lista, no estaría allí.

Caminamos sobre las hojas muertas buscando la escuela. Desde allí apenas faltarían dos manzanas para llegar al cementerio.

—Está muy oscuro —dije en voz baja. Las casas estaban a oscuras y silenciosas. No había brisa. Era como si estuviéramos solos en el mundo.

—Demasiado silencio —dije apresurándome para que Josh no me dejara atrás—. No se oye ni una mosca, nada. ¿Seguro que quieres ir al cementerio?

—Sí. Seguro —dijo siguiendo con los ojos el anillo de luz que formaba la linterna delante de nosotros, en el suelo—. Estoy convencido de que Petey está allí.

Caminábamos sobre el pavimento de la calle, al lado de la acera. Ya llevábamos unas dos manzanas de camino; ya divisábamos la escuela en la manzana siguiente, cuando oímos unos pasos que seguían nuestro rastro.

Nos paramos en seco. Josh bajó la linterna.

Los dos oímos el sonido. No era imaginación mía.

Alguien nos estaba siguiendo.

12

Josh se asustó tanto que se le cayó la linterna, y el impacto en el pavimento fue estrepitoso. La luz tembló, pero no se apagó.

Josh se inclinó para recuperar la linterna, y en ese momento nuestro perseguidor nos alcanzó. Me volví para mirarlo. El corazón me palpitaba locamente.

—¡Ray!, ¿qué haces tú aquí?

Josh dirigió el rayo de luz a la cara de Ray, y Ray reaccionó tapándose el rostro con ambas manos y retirándose rápidamente para refugiarse en la oscuridad.

—¿Y qué hacéis vosotros por aquí? —inquirió. Parecía tan asustado como yo.

—Nos… nos has dado un susto de muerte —dijo Josh con rabia. Volvió a bajar la luz de la linterna, alumbrando el suelo.

—Perdonadme —dijo Ray—. Os iba a llamar, pero no estaba seguro de que fuerais vosotros.

—Josh tiene unas ideas extrañas acerca del paradero de Petey —le expliqué, todavía sin aliento—. Por eso estamos aquí.

—¿Y tú qué? —preguntó Josh.

—A veces no puedo dormir —susurró Ray.

—Y tus padres, ¿no se preocupan de que salgas tan tarde? —pregunté yo.

A la luz de la linterna vi cruzar por su rostro una sonrisa malévola.

—Es que no lo saben —dijo.

—¿Vamos al cementerio, o nos quedamos aquí charlando? —

Josh estaba impaciente. Sin esperar la respuesta, salió pitando hacia el cementerio. La luz se agitaba delante de él, sobre el pavimento. Yo mantuve su ritmo para no quedarme a oscuras.

—¿Adónde vais? —preguntó Ray, corriendo detrás de nosotros.

—Al cementerio —dije.

—¡No! —gritó—. ¡No vayáis!

El tono de su voz era tan amenazante, que me detuve.

—¿Qué dices?

—Digo que no vayáis al cementerio —repitió.

No podía ver su rostro en la oscuridad. Pero sus palabras eran una seria advertencia.

—¡Daos prisa! —gritó Josh. Mi hermano ya estaba lejos. No se había detenido y tal vez por eso no había percibido el tono de voz de Ray.

—¡No sigas, Josh! —gritó Ray. Era más una orden que una sugerencia—. ¡No vayáis!

—¿Por qué no? —pregunté ansiosa. ¿Nos estaba amenazando Ray? ¿Sabía algo que nosotros ignorábamos? ¿O yo estaba exagerando una vez más?

Traté de escudriñar en la oscuridad para ver su cara.

—¿De veras pensáis ir? ¡Pues estáis locos! —dijo Ray.

De pronto me asaltó una duda; quizá lo había juzgado mal. Ray tenía miedo de ir al cementerio. Por eso trataba de disuadirnos.

—¿Venís o no? —preguntó Josh. Nos separaba una considerable distancia.

—Creo que no deberíamos —advirtió Ray.

«Sí, tiene miedo», pensé. Lo de la amenaza había sido pura imaginación mía.

—Tú no tienes por qué venir —insistió Josh desde lejos—. Pero nosotros sí.

—No. De verdad —insistió Ray—. No es una buena idea.

Ahora corríamos los dos tratando de alcanzar a Josh.

—Petey está ahí —explicó Josh—. Estoy seguro.

Pasamos frente a la oscura y silenciosa escuela. Parecía mucho más grande de noche. La linterna de Josh centelleaba en las ramas de los árboles cuando doblamos la esquina y tomamos el camino del cementerio.

—¡Esperad, por favor! —insistía Ray. Pero Josh no se detuvo, y yo tampoco. Quería llegar y terminar cuanto antes.

Me limpié el sudor de la frente con la manga de mi camiseta. Hacía bochorno. Me arrepentí de haberme puesto una camiseta de manga larga. Me palpé el pelo. Estaba chorreando.

Las nubes ocultaban la luna. Llegamos al cementerio y entramos por una puerta bajo el pequeño muro. En la oscuridad distinguí las hileras desordenadas de tumbas.

La luz de la linterna de Josh saltaba de lápida en lápida. Mi hermano llamaba:

—¡Petey! ¡Petey! —Su voz rompía el silencio de la noche.

«Está perturbando el sueño de los muertos», pensé. Sentí un espasmo de miedo.

«No seas tonta, Amanda», me regañé a mí misma. Luego también me uní a los gritos de Josh tratando de alejar esos pensamientos malsanos.

—Esta es una idea particularmente desafortunada —dijo Ray, deteniéndose muy cerca de mí.

—¡Petey! —llamaba Josh.

—Ya sé que la idea es mala —le dije—. Pero no quería que mi hermano viniera solo.

—No deberíamos estar aquí —repitió Ray.

Empecé a desear que Ray no hubiera venido. Nadie lo había obligado. ¿Por qué escandalizaba tanto?

—¡Eh! ¡Mirad esto! —dijo Josh desde donde estaba, varios metros más adelante.

Corrí por entre las hileras de tumbas, mientras mis zapatos se hundían en el suelo húmedo. No me había dado cuenta de que habíamos atravesado casi todo el cementerio.

—¡Mirad! —dijo Josh de nuevo, alumbrando con su linterna una extraña estructura construida al final del cementerio.

Al comienzo no pude distinguir bien de qué se trataba. ¡Era todo tan extraño! Distinguí una especie de teatro, o anfiteatro, diría yo. Unas gradas, cavadas en forma circular en la misma tierra, descendían en anillos cada vez más reducidos hasta llegar a una especie de plataforma, en el fondo, similar al escenario de una sala de espectáculos.

—¿Qué diablos es esto? —exclamé.

Me acerqué para verlo más de cerca.

—¡Amanda, espera! ¡Volvamos a casa! —dijo Ray. Trató de cogerme del brazo, pero me escurrí y terminó asiendo el aire.

—¡Qué extraño! —me dije—. ¿Quién construiría un teatro al aire libre dentro de un cementerio?

Miré hacia atrás para ver dónde estaban Josh y Ray, y mi zapato chocó contra algo. Caí al suelo, golpeándome fuertemente en la rodilla.

—¿Qué es esto?

Josh lo alumbró mientras yo me levantaba lenta y penosamente. Había tropezado con la enorme raíz de un árbol.

A la luz imprecisa de la linterna, observé la torcida raíz que procedía de un árbol antiquísimo y corpulento que estaba a varios metros de distancia. Inmenso, se inclinaba sobre el extraño anfiteatro subterráneo, tan inclinado que parecía que se fuera a caer en cualquier momento. Sus grandes raíces se levantaban del suelo y sus ramas, dobladas por el follaje, casi lo tocaban.

—¡Ma… deee… ra! —gritó Josh bromeando.

—¡Qué cosa tan rara! —dije yo—. Dime, Ray ¿qué es esto?

—Un lugar de reunión —contestó con voz baja y sin moverse de mi lado. Miraba el árbol fijamente—. Lo utilizan como una especie de salón municipal. Aquí tienen lugar las reuniones del pueblo.

—¿En el cementerio? —dije. Era increíble.

—¡Vámonos! —nos urgió Ray. Parecía muy nervioso.

Los tres percibimos pasos. Detrás de nosotros, entre las tumbas. Nos volvimos, y el círculo de luz de la linterna recorrió la hierba.

—¡Petey!

Allí, al pie de una lápida, estaba nuestro perro. Me sentía feliz.

—¡No lo puedo creer, Josh! ¡Qué maravilla! ¡Tenías toda la razón!

—¡Petey! ¡Petey! —Josh y yo nos dispusimos a cogerlo.

Pero Petey se arqueó como si quisiera huir de nosotros. Nos miró de una manera rara; sus ojos, rojos como rubíes, brillaban a la luz de la linterna.

—¡Petey! ¡Por fin te hemos encontrado! —dije.

El perro agachó la cabeza y se alejó trotando.

—¡Ven, Petey! ¿No nos conoces?

Josh dio una inesperada carrera y lo cogió.

—Petey ¿qué te pasa? —dijo levantándolo del suelo.

Me acerqué rápidamente, pero en ese momento Josh dejó a Petey nuevamente en el suelo, y se retiró diciendo:

—¡Ay, qué mal huele!

—¿Qué dices? —pregunté.

—Petey huele muy mal —dijo Josh—. ¡Como una rata muerta!

Se tapó la nariz con los dedos.

Petey se alejó caminando.

—Josh, el perro no se alegra de vernos —dije llorando—. Es como si no nos conociera. ¡Míralo!

Era verdad. Petey se detuvo en la siguiente fila de tumbas, se dio la vuelta y nos miró con furia.

Me sentí fatal. ¿Qué le había pasado a nuestro perro? ¿Por qué se portaba así? ¿Por qué no se alegraba de vernos?

—No entiendo nada —dijo Josh, todavía con una mueca de asco a causa del mal olor del perro—. Normalmente, si uno se va durante treinta segundos, celebra con entusiasmo el regreso.

—Vayámonos enseguida —dijo Ray. Todavía estaba al final del cementerio, al pie del árbol inclinado.

—Petey, ¿qué te pasa? —llamé al perro. Pero no respondió—. ¿No te acuerdas de tu nombre? ¿Petey? ¿Petey?

—¡Qué olor! —exclamó Josh—. ¡Qué asco!

—Tenemos que llevarlo a casa y bañarlo —dije. Me temblaba la voz. Me sentía muy triste. Y también asustada.

—A lo mejor no es Petey —dijo Josh pensativo. Los ojos del perro aparecieron otra vez rojos a la luz de la linterna.

—Es él. No hay duda —dije—. ¡Mira, todavía arrastra la correa! Agárralo, Josh, y volvamos a casa.

—¡Agárralo tú! —respondió Josh—. ¡Huele que apesta!

—Cógelo de la correa —dije—. No hay necesidad de llevarlo en brazos.

—¡No! ¡Hazlo tú! —dijo Josh con su acostumbrada terquedad. Vi que no tenía otra opción.

—Bueno —dije—. Voy por él. Pero préstame la linterna.

Josh me la pasó y comencé a correr hacia el perro.

—¡Siéntate, Petey! ¡Siéntate! —Era la única orden que el animal obedecía.

Pero esta vez no me hizo caso. Al contrario. Se volvió y se fue al trote, con la cabeza gacha.

—¡Petey! ¡Ven! —llamé desesperadamente—. ¡No me obligues a correr otra vez!

—¡Que no se vaya! —dijo Josh, siguiéndome.

Moví la linterna a lo largo del prado.

—¿Dónde se ha metido?

—¡Petey! ¡Petey! —llamó Josh angustiado.

—¡Ay! ¡Lo hemos perdido otra vez! —me lamenté.

Los dos lo llamamos una y otra vez.

—¿Qué le pasará al tonto ése? —dije.

Dirigí el rayo de luz hacia una hilera de tumbas, luego hacia otra. Pero nada. Lo llamamos repetidamente. Ni la menor señal del perro.

Entonces el círculo de luz se posó un momento frente a una de las lápidas.

Leí el nombre inscrito en la piedra, y quedé muda de espanto.

No podía moverme.

Finalmente emití un sonido.

—¡Josh! ¡Mira! —Lo cogí del brazo y no lo solté.

—¿Qué te pasa? —preguntó Josh asustado.

—¡Mira! ¡El nombre en la piedra!

Decía: «Karen Somerset.»

Josh lo leyó. Luego me miró, todavía desconcertado.

—Es mi nueva amiga —le dije—. La niña con quien juego todos los días en la escuela.

—Debe de ser su abuela, o algo así —dijo Josh. Luego agregó con impaciencia—: ¡Vámonos! ¡Tenemos que encontrar a Petey!

—¡No! ¡Mira las fechas! —le dije.

Leímos las fechas bajo el nombre de Karen Somerset: «1960-1972».

—No puede ser su madre ni su abuela —dije. Mantenía iluminada la lápida, a pesar de que mi mano temblaba—. Esta niña, murió cuando tenía doce años. Mi edad actual. Y Karen también tiene doce años. Me lo dijo.

—¡Amanda! —Josh se puso furioso y miró para otro lado.

Pero yo di unos pasos e iluminé la lápida siguiente. Llevaba un nombre desconocido. Pasé a la siguiente. Otro nombre desconocido.

—¡Amanda! ¡Por favor! ¡Vámonos! —se quejó Josh.

La siguiente lápida llevaba el nombre de «George Carpenter: 1975-1988».

—¡Josh! ¡Mira! ¡Es George, el de la escuela!

—¡Amanda! ¡Tenemos que buscar a Petey! —insistió.

Pero no podía alejarme de las lápidas. Pasé de una a otra, iluminando las inscripciones con la linterna.

Encontré a Jerry Franklin. Luego a Bill Gregory. Mi angustia crecía por momentos. Eran los muchachos con quienes jugábamos a béisbol. Todos tenían aquí sus lápidas.

Con el corazón desbocado caminé entre las tumbas, con los pies casi hundidos en el suelo húmedo. Me sentía helada, helada de miedo. Haciendo un último esfuerzo mantuve la luz fija un momento para mirar la inscripción de la última lápida de la fila:

«Ray Thurston: 1977-1988.»

—¡Noooo…!

Josh me estaba llamando. Oí su voz, lejana, pero no entendía las palabras.

El resto del mundo se desvaneció por completo. Leí de nuevo las letras esculpidas: «Ray Thurston: 1977-1988.»

Me quedé inmóvil, mirando las dos palabras y las cifras. Las miré tanto, que al final perdieron su sentido, eran algo impreciso.

De pronto me di cuenta de que Ray se había situado silenciosamente a mi lado. Me observaba con una mirada perdida.

—Ray… —alcancé a pronunciar su nombre con dificultad, mientras iluminaba la lápida con la linterna—. ¡Ray, éste eres tú!

Sus ojos brillaron, y luego se convirtieron en rescoldo vivo.

—Sí, soy yo —dijo sin levantar la voz, y acercándose más—: ¡Ay, Amanda…! ¡No sabes cuánto lo siento!

13

Di un paso atrás. Mis pies se hundían en el barro del cementerio. Sentía el aire pesado. No se oía ningún sonido. No había ningún movimiento.

Muerte.

«Estoy rodeada de muerte», pensé.

Paralizada en mi sitio, incapaz de respirar, en medio de las tinieblas más espantosas, con las tumbas rodeándome con sus sombras grotescas, me pregunté: «¿Y ahora? ¿Qué me va a hacer?»

—¿Ray? —Me costó trabajo pronunciar su nombre. Mi voz sonaba débil, ajena—. ¿Ray, de verdad estás muerto?

—Lo siento. No deberías haberlo sabido todavía. —Su voz flotaba como una pesada nube fantasmagórica en el aire sofocante de la noche.

—Pero, ¿cómo? ¡No… no entiendo! —Por encima de su hombro, a cierta distancia, veía la luz blanca de la linterna. Josh estaba entre las largas hileras de lápidas, lejos, buscando a Petey.

—¡Petey!—susurré. El miedo me ahogó la voz y el estómago se me encogió. Estaba horrorizada.

—Los perros siempre saben —explicó Ray, sin mostrar ninguna emoción—. Los perros siempre distinguen a los muertos vivientes. Por eso tienen que morir primero. Porque siempre saben.

—¿Quieres decir que… Petey… Petey está muerto?

Las palabras se me enredaban en la garganta.

Ray asintió con la cabeza.

—Siempre matan primero a los perros.

—¡No! —grité a todo pulmón—. ¡No! —Retrocedí unos pasos más y perdí el equilibrio, tropezando con una pequeña tumba de mármol. Salté asustada.

—No deberías haber visto esto —dijo Ray. Su cara delgada no revelaba emoción alguna, salvo los ojos negros que expresaban una tremenda tristeza—. No estaba previsto que tú supieras esto, al menos hasta dentro de unas semanas. Yo soy el vigilante. Mi tarea era vigilar para asegurarme de que no vieras nada hasta que llegara la hora.

Se me acercó, sus ojos encendidos con una luz roja que casi me quemaba la vista.

—¿Tú me vigilabas desde la ventana? —Prácticamente estaba gritando—. ¿Eras tú quien estaba en mi habitación?

Nuevamente asintió.

—Yo viví en tu casa alguna vez —dijo, dando un paso más hacia mí, obligándome a retroceder y a sentir el frío del mármol—. Y soy el vigilante.

Hice un enorme esfuerzo para girar la cabeza y no ver más sus ojos encendidos. Quería gritar, decirle a mi hermano que corriera a buscar auxilio. Pero Josh estaba muy lejos. Y yo, petrificada por el terror.

—Necesitamos sangre fresca —dijo Ray.

—¿Quéee? —grité—. ¿Qué estás diciendo?

—El pueblo no puede sobrevivir sin sangre fresca. Ninguno de nosotros puede sobrevivir. Muy pronto lo vas a entender, Amanda. Entenderás por qué tuvimos que invitarte a la casa… a la Casa Muerta.

Vi de reojo el rayo de luz que se acercaba en zigzag, Josh estaba cerca, muy cerca de nuestro camino.

«¡Corre, Josh! —dije para mis adentros—. ¡Corre rápido! ¡Llama a alguien! ¡A quien sea!»

Formulé las palabras sólo en mi mente. No fui capaz de pronunciarlas.

Los ojos de Ray brillaban. Estaba frente a mí, y su expresión era dura y fría. No movía ni un músculo.

—¿Ray? —A través de mi camiseta sentía el frío de la tumba contra la que estaba paralizada de terror.

—Cometí un error —dijo él—. Yo era el vigilante. Pero fallé.

—Ray… ¿Qué vas a hacer?

Sus ojos color rubí titilaban:

—Lo siento mucho.

Se elevó del suelo y levitó encima de mí.

Me ahogaba. No podía respirar ni moverme. Abrí la boca para gritar, pero era incapaz de emitir sonido alguno.

¿Dónde estaba Josh?

Miré por entre las hileras de tumbas, pero no vi la luz.

Ray flotaba un poco más alto. Me cubría como una sombra. Me sofocaba. Me asfixiaba.

«Estoy muerta —pensé—. Muerta.»

Ahora yo también estoy muerta.

Entonces, súbitamente, una luz irrumpió en la oscuridad. La luz alumbró la cara de Ray, era la luz blanca de la linterna halógena.

14

—¿Qué pasa? —preguntó Josh. Su voz sonaba aguda y nerviosa —. ¡Amanda, dime!, ¿qué está pasando?

Ray gritó y cayó al suelo.

—¡Apágala! ¡Apágala! —gritó desesperado. Su voz simulaba el murmullo del viento.

Josh sostuvo la brillante luz justo en la cara de Ray.

—¿Qué pasa? ¿Qué estás haciendo?

Volví a respirar. Miré hacia la luz y traté de controlar el desbocado palpitar de mi corazón.

Ray levantó las manos para protegerse de la luz. Pero era demasiado tarde. Logré ver lo que le estaba sucediendo. La luz ya le había producido un daño irreparable.

Su piel parecía derretirse. Todo su rostro se hundió, dejando al descubierto la calavera.

Miré hacia el blanco círculo de luz, incapaz de retirar la vista, mientras la piel de Ray se doblaba y caía, como cera derretida. El sólido cráneo quedó al descubierto, los ojos salieron de sus cuencas y cayeron al suelo sin hacer el menor ruido.

Josh miró horrorizado, sin moverse ni retirar la luz. Y los dos contemplamos la sonriente calavera con sus negros cráteres mirándonos.

Grité aterrorizada cuando Ray dio un paso hacia mí.

Pero entonces me di cuenta de que Ray no caminaba, sino que se estaba cayendo.

Salté a un lado, viendo cómo se derrumbaba. Se me escapó un

grito de horror cuando su cráneo dio estrepitosamente contra la tumba de mármol y se quebró con un ¡crac! nauseabundo.

—¡Ven! —gritó Josh—. ¡Ven, Amanda! ¡Sígueme!

Me cogió de la mano, arrastrándome con todas sus fuerzas. Pero yo no podía apartar la vista de lo que quedaba de Ray: unos cuantos huesos dentro de ropas arrugadas. Nada más.

—¡Amanda! ¡Vámonos!

Antes de darme cuenta me vi corriendo al lado de Josh, como no había corrido jamás en mi vida. Corrimos por toda la larga hilera de lápidas en dirección a la calle. La luz de la linterna alumbraba las tumbas a nuestro paso. Resbalábamos sobre la tierra mojada, jadeando en el aire tibio y sofocante de la noche.

—¡Tenemos que contarles todo a mamá y a papá! —exclamé—. ¡Hemos de irnos ahora mismo! —grité.

—Ellos… ellos no nos creerán —dijo Josh. Llegamos a la calle y seguimos corriendo. Nuestros fuertes pasos retumbaban en el pavimento—. ¡Casi ni yo mismo lo creo! —agregó mi hermano.

—¡Han de creernos! —le dije—. De lo contrario, ¡los sacaremos a rastras de esa casa!

La luz blanca nos indicaba el camino; seguimos corriendo como locos por las calles silenciosas. No había un solo farol, ni luz alguna en las ventanas de las casas. Ningún coche iluminó la calle con sus luces. Nada.

Qué mundo tan oscuro habitábamos.

Había llegado la hora de abandonarlo.

No descansamos hasta que llegamos a la casa. Yo echaba de vez en cuando un vistazo hacia atrás para ver si alguien nos perseguía. Pero no vi a nadie. En el vecindario no había señales de vida. Estaba totalmente vacío.

Me dolía un costado, pero seguí corriendo sin pausa. Llegamos al sendero de gravilla, con su grueso manto de hojas muertas, y subimos la pequeña escalera de la entrada, e irrumpimos por la puerta principal. Los dos gritamos al unísono:

—¡Papá! ¡Mamá! ¿Dónde estáis?

Silencio.

Todas las luces estaban apagadas.

—¡Mamá! ¡Papá! ¿Estáis ahí?

«¡Por favor, salid enseguida! —rogaba yo mentalmente, mi corazón galopando, con un dolor clavándose como un aguijón en la costilla—. ¡Por favor, salid enseguida!»

Registramos la casa entera. Y no estaban.

—La fiesta —recordó Josh—. Puede que estén todavía en la fiesta.

Nos habíamos detenido en la sala, jadeando. El dolor cedió un poco. Había encendido las luces, pero la sala no perdió su atmósfera sepulcral y amenazadora.

Miré el reloj que había encima de la chimenea. Casi las dos de la madrugada.

—Ya deberían estar aquí —dije con voz temblorosa.

—¿Adónde han ido exactamente? —preguntó Josh—. ¿No habrán dejado un número de teléfono? —Iba hacia la cocina.

Lo seguí, encendiendo luces. Fuimos a mirar la agenda que estaba en la mesa de la cocina, donde mamá y papá siempre nos dejaban recados.

Nada. La libreta estaba en blanco.

—¡Hemos de encontrarlos! —exclamé. Josh estaba muy asustado, sus grandes ojos reflejaban miedo—. ¡Tenemos que irnos de aquí!

¿Y si les ha pasado algo?

Iba a decirlo, pero me controlé a tiempo; no quería asustar a Josh más de lo que estaba. Además, era probable que estuviera pensando lo mismo.

—¿Llamamos a la policía? —preguntó, mientras regresábamos a la sala y mirábamos por la ventana hacia la oscuridad de la noche.

—No sé —dije apoyando mi frente sudorosa contra el vidrio frío —. No sé qué hacer. Sólo quiero que vengan. Que vengan enseguida para irnos inmediatamente.

—¿Por qué tanta prisa? —Era la voz de una niña, justo detrás de nosotros.

Nos dimos la vuelta gritando de miedo. Karen Somerset estaba allí, quieta, en el centro de la sala, con los brazos cruzados.

—¡Pero… tú estás muerta! —La frase me salió como una explosión.

Ella sonrió. Fue una sonrisa triste, amarga.

Luego surgieron dos muchachos más. Venían del pasillo; uno de ellos apagó la luz.

—Hay demasiada luz aquí —dijo. Y se detuvieron al lado de Karen.

Luego apareció Jerry Franklin (otro que estaba muerto) al lado de la chimenea. Y vi a la niña de pelo negro corto, la misma que había visto en la escalera, cerca de mí, al pie de las cortinas.

Todos sonreían, sus ojos brillaban en la penumbra, incandescentes pero sin vida. Estábamos rodeados.

—¿Qué queréis? —les grité con tanta fuerza que no reconocía mi propia voz.

—¿Qué pensáis hacer?

—Nosotros vivíamos en esta casa —dijo Karen suavemente.

—¿Quéeee? —grité de nuevo.

—Todos vivíamos en tu casa —dijo George.

—Y ahora ¿sabes qué? —dijo Jerry—. ¡Ahora somos muertos vivientes en tu casa!

Todos prorrumpieron en carcajadas escalofriantes, y estrecharon un poco más el círculo en torno a nosotros.

15

—¡Nos van a matar! —gritó Josh.

Avanzaban en silencio. Josh y yo nos pusimos de espaldas contra la ventana. Yo miraba alrededor del oscuro salón, buscando alguna vía de salida.

Pero no había escapatoria.

—Karen, tú parecías tan buena… —Lo dije sin pensar, sin calcular el efecto de mis palabras.

Sus ojos se encendieron más aún:

—Yo era buena —dijo en un tono frío—, hasta que llegué aquí.

—Todos éramos buenos —dijo George Carpenter con voz igualmente fría—. Pero ahora estamos muertos.

—¡Dejadnos salir! —gritó Josh, levantando las manos, como tratando de protegerse—. ¡Por favor! ¡Dejadnos salir!

Se rieron de nuevo. Una risa fría y amarga. Una risa muerta.

—No te asustes, Amanda —dijo Karen—. Pronto estarás con nosotros. Para eso te han invitado a esta casa.

—¿Qué? No comprendo —dije. Mi voz temblaba.

—Esta es la Casa Muerta. Aquí viven todos los que llegan a Dark Falls por primera vez. Cuando aún están vivos.

Esto les hizo gracia a los demás. Todos se rieron, con una risa malévola.

—Pero nuestro tío abuelo… —empezó a decir Josh.

Karen movió la cabeza; sus ojos brillaban, divertidos:

—No, Josh —dijo—. Lamento decirte que no existe ningún tío abuelo. Fue un truco para haceros venir. Una vez al año alguien

nuevo ocupa esta casa. En años anteriores fuimos nosotros. Vivíamos en esta casa antes de morir. Ahora os toca el turno a vosotros.

—Necesitamos sangre fresca —explicó Jerry Franklin. Sus ojos brillaban como dos rubíes en la penumbra—. Cada año nos hace falta sangre nueva, ¿entiendes?

Se nos acercaron más. Josh y yo los sentíamos encima.

Respiré profundamente. Quizás era mi último suspiro. Cerré los ojos.

Entonces oí que alguien golpeaba la puerta.

Un golpe seco, y luego volvió a hacerlo, con insistencia.

Abrí los ojos. Los niños habían desaparecido. El aire olía a podrido.

Josh y yo nos miramos estupefactos. De nuevo escuchamos golpes en la puerta.

—¡Son mamá y papá! —exclamó Josh.

Corrimos hacia la entrada principal. Josh se tropezó con una mesita en la oscuridad; yo llegué primero.

—¡Mamá! ¡Papá! —grité, abriendo la puerta—. ¿Dónde os habíais metido?

Extendí los brazos para recibirlos… pero me quedé atónita, con los brazos en el aire. Emití un grito de horror.

—¡Señor Dawes! —exclamó Josh—. Creíamos que…

—Ay, señor Dawes ¡qué contenta de verlo! —dije aliviada, abriéndole la puerta.

—¿Estáis bien, chicos? —preguntó, mirándonos preocupado—. Gracias a Dios que he llegado a tiempo.

—Señor Dawes… —comencé. Me sentía tan aliviada que las lágrimas brotaban de mis ojos—. Yo…

Me tomó del brazo.

—No hay tiempo para conversar —dijo echando una mirada hacia la calle. Vi el coche a la entrada. Tenía el motor en marcha y las luces de cruce encendidas—. Tengo que sacaros de aquí, todavía nos queda tiempo.

Lo seguimos. Luego vacilamos. ¿Y si el señor Dawes era uno de ellos?

—¡Daos prisa! —nos urgió, manteniendo la puerta abierta y

lanzando una mirada nerviosa hacia la oscuridad—. Creo que corremos un gran peligro.

—Pero… —dije, viendo sus ojos desorbitados. Trataba de decidir si podíamos confiar en él o no.

—Estaba en la fiesta con vuestros padres —dijo—. De pronto, todos los comensales formaron un círculo alrededor nuestro. Nos tenían cercados… y empezaron a avanzar.

«Lo mismo que los muchachos nos hicieron a nosotros», pensé.

—Rompimos el círculo y empezamos a correr —dijo el señor Dawes, echando nuevamente una mirada hacia fuera—. No sé cómo, pero los tres logramos escapar. ¡Ahora daos prisa!, ¡hemos de salir de aquí ahora mismo!

—¡Vamos, Josh! —dije nerviosa. Luego le pregunté al señor Dawes—: ¿Dónde están nuestros padres?

—¡Vamos! Enseguida os cuento… Por el momento están a salvo. Pero no sé por cuánto tiempo.

Lo seguimos hasta el coche. Las nubes se abrían y una delgada franja de luna brillaba tenuemente en el pálido cielo que anunciaba el amanecer.

—Algo anda mal en este pueblo —dijo el señor Dawes, sosteniendo la puerta del coche para que pudiéramos ocupar el asiento de atrás.

Me senté junto a Josh y el hombre cerró la puerta.

—Lo sé —le dije, mientras se sentaba al volante—. Josh también. Es que a nosotros…

No me dejó terminar la frase:

—Tenemos que irnos lo más lejos posible, donde no nos puedan encontrar —dijo.

Dio la vuelta rápidamente. Las ruedas chirriaban en el pavimento mientras enfilaba el coche buscando la calle.

—De acuerdo —le dije—. Al menos ha llegado usted. Nuestra casa está llena de muchachos, ¡muchachos muertos!, y…

—¡Ah!, los habéis visto… —dijo el señor Dawes, con una expresión de terror. Y aceleró.

Desde la ventanilla del coche contemplé la blanca oscuridad. Un sol anaranjado se asomaba por encima de las copas de los árboles.

—¿Dónde están nuestros padres? —pregunté de nuevo, con

ansiedad.

—Hay una especie de anfiteatro al final del cementerio —dijo el señor Dawes. Miraba hacia delante, a través del parabrisas, con los ojos ligeramente cerrados y la expresión tensa—. Está construido en la tierra, oculto por un viejo árbol. Los he dejado allí y les he dicho que no se muevan. Creo que están bien. Nadie buscaría en ese lugar.

—Nosotros hemos visto ese teatro —dijo Josh.

Una luz blanca brilló de golpe en el asiento de atrás.

—¿Qué es eso? —preguntó el señor Dawes, mirando por el espejo retrovisor.

—Mi linterna —dijo Josh, apagándola—. La traje por si acaso. Pero el sol saldrá pronto. Ya no la necesito…

El señor Dawes frenó, aparcando al borde de la carretera. Estábamos frente al cementerio. Bajé rápidamente del coche, ansiosa por ver a mis padres.

El cielo aún estaba oscuro, pero con franjas violetas. El sol, un globo naranja oscuro, apenas si se veía sobre los árboles. Al otro lado de la calle, más allá de las tumbas desperdigadas, percibí la silueta oscura del árbol inclinado que cubría el misterioso anfiteatro.

—¡Rápido! —urgió el señor Dawes, cerrando la puerta del automóvil—. Vuestros padres estarán ansiosos por veros.

Cruzamos la calle, caminando y dando saltos. Josh llevaba la linterna en la mano.

De pronto, al pisar el prado del cementerio, Josh exclamó:

—¡Petey!

Allí estaba nuestro perro, caminando entre las lápidas.

—¡Petey! —llamó Josh otra vez, y comenzó a perseguir al perro.

Mi corazón dio un vuelco. No había tenido la oportunidad de contarle a Josh lo que Ray me había revelado acerca de Petey.

—¡No, Josh! —grité.

El señor Dawes se alarmó.

—No tenemos tiempo —dijo—. Tenemos que darnos prisa. —Y llamó a Josh para que regresara.

—No, aún no —dije, y me fui corriendo por entre las tumbas, lo más rápido que pude, llamando a mi hermano—: ¡Josh, espera! No

lo persigas más. No lo persigas… ¡Petey está muerto!

Josh estaba a punto de alcanzarlo, pues Petey caminaba despacio, husmeando el suelo, sin levantar la cabeza, sin prestarle atención a Josh. En ese momento, Josh tropezó contra una pequeña tumba y se cayó.

Al perder el equilibrio, pegó un grito. La linterna voló por los aires, y chocó estrepitosamente contra otra lápida.

Llegué donde estaba Josh.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Estaba boca abajo, mirando fijamente hacia delante.

—¡Josh! ¡Contéstame! ¿Estás bien?

Lo agarré por los hombros y traté de levantarlo del suelo, pero siguió con su mirada fija, la boca abierta, los ojos desorbitados.

—¿Josh?

—¡Mira! —señaló finalmente.

Sentí alivio al comprobar que no había perdido el conocimiento.

—¡Mira! —repitió, señalando la tumba contra la que se había caído.

Me fijé en la inscripción de la tumba, y la leí, modulando sílaba tras sílaba, en silencio: «Compton Dawes R.I.P: 1950-1980.»

Mi cabeza empezó a dar vueltas. Me sentía mareada. Me esforcé por no caer, aferrándome a Josh.

Compton Dawes.

No era su padre ni su abuelo. Él mismo nos había dicho que no existía otro Compton en su familia.

De modo que el señor Dawes también era un muerto viviente.

Muerto. Muerto. Muerto.

Tan muerto como los demás.

Era uno de ellos. Uno de los muertos vivientes.

Josh y yo nos miramos horrorizados. Nos abrazamos en medio de la aterradora oscuridad del cementerio. Estábamos rodeados. Rodeados de muertos.

«¿Y ahora qué?», me pregunté.

«¿Y ahora qué?»

16

—¡Levántate, Josh! —dije. Mi voz era apenas un susurro ahogado—. Tenemos que alejarnos de aquí.

Pero era demasiado tarde.

Una mano me agarró por el hombro con firmeza.

Volví a mirar y me encontré cara a cara con el señor Dawes, quien leía, con los ojos semicerrados, el epitafio de su propia tumba.

—¡Usted también! —grité, entre decepcionada, confundida… y aterrorizada.

—Sí. Yo también. —Lo dijo casi con tristeza—. Todos estamos muertos. —Sus ojos ardían clavados en los míos—. Éramos personas normales. La mayoría trabajaba en la fábrica de plásticos, en las afueras del pueblo. Pero ocurrió un accidente. Un gas amarillo se escapó de la fábrica y flotó sobre el pueblo. Fue tan rápido que no lo vimos, no nos dimos cuenta. Entonces fue demasiado tarde. Dark Falls no volvería a ser un pueblo normal. Todos estábamos muertos, Amanda. Muertos y enterrados. Pero no pudimos descansar, ni dormir. Dark Falls se convirtió en un pueblo de muertos vivientes.

—¿Qué… qué nos va a pasar? —conseguí preguntar. Me temblaban tanto las rodillas que casi no podía mantenerme en pie. Un hombre muerto me tenía agarrada del hombro. Un hombre muerto me estaba mirando a los ojos.

Tan cerca estaba de él, que sentía su podrido aliento. Volví la cabeza hacia otro lado, pero aun así el horrible olor me asfixiaba.

—¿Dónde están papá y mamá? —preguntó Josh. Se había

levantado del suelo, y se paró frente al señor Dawes con una mirada desafiante, acusadora.

—Están sanos y salvos —dijo el señor Dawes con una leve sonrisa—. ¡Venid conmigo! Ha llegado la hora de que los veáis.

Traté de escaparme, pero me tenía bien sujeta y no pude quitármelo de encima.

—¡Suélteme! —grité.

Su sonrisa se amplió.

—Amanda —dijo—. Morir no duele. Ven conmigo. —Su tono de voz era suave, casi reconfortante.

—¡No! —gritó Josh. Se agachó repentinamente y agarró la linterna que había caído.

—¡Sí, Josh! —grité—. ¡Alúmbralo con la linterna! —La luz nos podía salvar, podía vencer al señor Dawes como venció a Ray. Lo podía destruir.

—¡Rápido! ¡Alúmbralo! —grité otra vez.

Josh apuntó la linterna en dirección al rostro del señor Dawes, y la encendió.

Pero no pasó nada.

No alumbró.

—Está estropeada —dijo Josh—. Ha sido el golpe contra la lápida.

Mi corazón parecía explotar. Miré al señor Dawes. La sonrisa que había en su rostro era de triunfo.

17

—Ha sido una buena jugada —dijo el señor Dawes, felicitando a Josh. Luego desapareció la sonrisa de su rostro.

De cerca no parecía tan joven y apuesto. Su piel era seca. Es más: se estaba desprendiendo. Y tenía ojeras fláccidas y feas.

—¡Vamos, chicos! —dijo empujándome con fuerza. Miró hacia el cielo, que comenzaba a iluminarse. El sol se levantaba por encima de los árboles.

Josh vaciló.

—¡Venga! ¡Vamos! —El señor Dawes se estaba enfadando con Josh. Me soltó, y dio un paso amenazante hacia mi hermano.

Josh miró la linterna estropeada que llevaba en la mano derecha. Luego movió el brazo hacia atrás y, sorpresivamente, tiró el pesado aparato justo a la cabeza del señor Dawes.

La linterna dio en el blanco. Con un espantoso ¡crac!, le pegó al señor Dawes en toda la frente, abriéndole un hueco grande en la piel.

El señor Dawes emitió un grito. Sus ojos se abrieron desmesuradamente. Confundido, se tocaba con la mano la frente abierta, por la que asomaba un pedazo de calavera.

—¡Corre, Josh! —le grité.

No habría tenido que decírselo. Josh ya estaba volando en zigzag por las hileras de lápidas, con la cabeza agachada. Y yo detrás, corriendo a toda velocidad.

Echando una mirada hacia atrás vi al señor Dawes tratando de emprender la carrera en nuestra búsqueda. Se tambaleaba,

cubriendo con la mano su frente herida. Dio unos pasos y luego se detuvo repentinamente, mirando hacia el cielo.

Me di cuenta de que había demasiada luz para él. Tenía que permanecer en la sombra.

Josh estaba escondido detrás de un viejo monumento funerario, una especie de lápida grande agrietada. Me coloqué a su lado en cuclillas, jadeando.

Recostados sobre el mármol, nos asomábamos para ver qué pasaba. El señor Dawes, evidentemente enfurecido, se dirigía hacia el anfiteatro, al amparo de la sombra de los árboles.

—Ya no nos persigue —susurró Josh, tratando de superar el miedo. Su respiración estaba todavía entrecortada—. Está retrocediendo.

—Es que no resiste el sol —le dije, aferrada al monumento—. Seguramente busca a mamá y papa.

—Esa estúpida linterna —dijo Josh con rabia.

—No te preocupes por eso —le tranquilicé, sin apartar la vista del señor Dawes hasta que desapareció tras el gran árbol inclinado —. Y ahora, ¿qué hacemos? Yo no sé…

—¡Mira! —Josh me codeó.

Señalaba varias figuras oscuras que se escurrían entre las tumbas. No sabíamos de dónde habían salido. Quizá de ninguna parte.

¿Habrían surgido de las mismas tumbas?

Caminaban rápidamente, casi flotando sobre la hierba verde del cementerio. Se dirigían hacia las sombras. Todos mantenían un silencio absoluto, mirando fijamente hacia delante. No se saludaban entre sí. Iban deliberadamente hacia el anfiteatro escondido, como atraídos por un imán. Como marionetas movidas por cuerdas invisibles.

—¡Míralos! —susurró Josh, escondiéndose detrás del monumento funerario.

Las formas oscuras en movimiento hacían que las sombras del cementerio se ondularan junto a ellas. Era como si los árboles, las tumbas y el cementerio mismo estuvieran corriendo hacia el oculto anfiteatro.

—Ahí está Karen —dije, señalándola—. Y George, y todos los

demás.

Los jóvenes de nuestra casa se movían rápidamente, en grupos de dos y de tres, siguiendo a las otras sombras, igualmente silenciosas y concentradas.

«El único que falta es Ray», pensé.

Porque nosotros matamos a Ray.

Es decir, matamos a alguien que ya estaba muerto.

Josh interrumpió mis morbosos pensamientos.

—¿De verdad crees que papá y mamá están ahí, en esa especie de teatro? —preguntó Josh, interrumpiendo mis cavilaciones, mirando las sombras que se movían.

—Ven —le dije. Lo tomé de la mano, tirando de él para que abandonara su sitio al pie del monumento—. Tenemos que averiguarlo.

Las últimas figuras oscuras flotaban al lado del inmenso árbol inclinado y desaparecían. El cementerio quedó envuelto en un silencio total. Un cuervo solitario planeaba arriba, bien alto, en el límpido cielo azul de la mañana.

Muy despacio, Josh y yo nos acercamos al anfiteatro. Nos manteníamos agazapados, sin levantar la cabeza. No era fácil desplazarnos de esa forma. Me sentía pesadísima. El peso del miedo, tal vez.

Estaba desesperada por ver si mamá y papá estaban allí.

Pero al mismo tiempo no quería mirar.

No quería verlos en manos del señor Dawes y los demás.

No quería verlos… asesinados.

Ese pensamiento me paralizó. Extendí el brazo para detener a Josh también.

Estábamos al pie del gran árbol, invisibles detrás de sus enormes raíces torcidas. Más allá del árbol, abajo en el teatro, escuché un murmullo de voces.

—¿Están ahí papá y mamá? —preguntó Josh en un susurro. Empezó a asomarse, pero lo detuve nuevamente.

—¡Cuidado! —dije en voz baja—. Que no te vean. Están prácticamente debajo de nosotros.

—Pero tengo que saber si papá y mamá están aquí —dijo. Estaba asustado y ansioso.

—Yo también —dije.

Nos asomamos con cautela por encima del tronco macizo. Sentí la vieja corteza bajo mis manos. Mi mirada penetraba la intensa sombra negra que producía el follaje del árbol.

Y los vi.

Vi a mamá y papá. Atados con una soga, de espaldas el uno al otro, en el centro de la plataforma, al fondo del teatro, a la vista de todos.

Estaban en una postura muy incómoda. Y muy asustados. Tenían los brazos fuertemente atados. Papá tenía la cara de color violáceo. Mamá tenía el pelo desgreñado, caído sobre la frente, y la cabeza agachada.

A pesar de la oscuridad causada por las sombras del árbol, pude ver al señor Dawes al lado de nuestros padres, junto con otro señor más viejo.

Vi que los bancos excavados en la tierra estaban repletos de gente. No quedaba un solo puesto vacío. Me di cuenta de que el pueblo entero estaba presente. Todos menos nosotros, Josh y yo.

—Van a matar a mamá y a papá —dijo Josh, apretándome el brazo, temeroso—. Los van a convertir en seres iguales a ellos.

—Y luego saldrán en nuestra busca —dije pensando en voz alta. A través de las sombras miraba a mis padres. Los dos tenían las cabezas agachadas, frente a la turba silenciosa. Esperaban el desenlace de su fatal destino.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Josh.

—¿Qué? —Miraba a mis padres con tanta concentración que momentáneamente había perdido la conciencia, creo.

—¿Qué vamos a hacer? —repitió Josh, aferrado todavía a mi brazo—. No podemos quedarnos aquí mirando, sin hacer nada.

De golpe supe qué era lo que teníamos que hacer. Se me ocurrió así, de repente, casi sin reflexionar.

—Quizá podamos salvarlos —dije, alejándome un poco del árbol —. Tal vez podamos hacer algo. Josh me soltó, mirándome ansioso.

—Vamos a tumbar este árbol, Josh —le dije, con un tono de seguridad que me sorprendió a mí misma—. Vamos a echar este árbol abajo y a dejar que la luz del sol llene el anfiteatro.

—¡Sí! —respondió con entusiasmo—. Míralo. Está prácticamente

caído. Sí, lo podemos hacer.

Yo sabía que lo lograríamos. No sabía de dónde procedía tanta seguridad. Pero estaba convencida de que lo íbamos a lograr.

Debíamos actuar con la máxima rapidez.

Una vez más me asomé por encima del tronco, para ver a través de las sombras. Todos en el teatro estaban de pie. Y comenzaban a avanzar lentamente hacia mamá y papá.

—Vamos, Josh —dije—. Tomaremos impulso y dando un gran empujón tumbaremos el árbol. ¡Ya!

Sin más palabras, nos retiramos unos pasos. Sólo hacía falta darle un empujón bien fuerte y el árbol cedería fácilmente. Todas sus raíces estaban prácticamente a flor de tierra.

Un buen empujón. Nada más. Y el sol llenaría el teatro con un chorro de luz. Una bella luz dorada. La luz brillante del sol.

Los muertos se desintegrarían.

Mamá y papá estarían a salvo.

Los cuatro estaríamos a salvo.

—Vamos, Josh —dije—. ¿Preparado?

Asintió en silencio, con su cara solemne y sus ojos asustados.

—Bueno. ¡Ya! —grité.

Corrimos hacia el tronco, a toda velocidad, con las manos extendidas para empujarlo.

Un instante después chocamos contra el árbol, empujando con toda nuestra fuerza, con las manos primero, luego con los hombros. Empujando… empujando…

Pero el árbol no se movió.

18

—¡Empuja! —grité—. ¡Otra vez!

Josh exhaló un suspiro. Estaba desesperado. Vencido.

—No puedo, Amanda, no lo puedo mover.

—¡Josh! —Lo miré llena de furia.

Reunió nuevas fuerzas y volvió a intentarlo.

Desde abajo se elevaban voces asustadas, voces furiosas.

—¡Rápido! —grité—. ¡Empuja!

Apoyamos los hombros contra el tronco, efectuando un tremendo esfuerzo, cada músculo trabajando al máximo. Teníamos las caras congestionadas.

—¡Empuja! ¡Sigue empujando!

Sentía las venas en mi sien, a punto de reventar.

¿El árbol se estaba moviendo?

No.

Cedió un poco. Pero luego volvió a su sitio.

Crecía el coro de voces.

—¡No podemos! —dije decepcionada, frustrada y… aterrorizada —. ¡No lo podemos mover!

Derrotada, caí sobre el tronco, enterrando la cara entre mis manos.

Pero me levanté enseguida, pues oí un ruido extraño, como de algo que se rompía. El ruido aumentó. Se convirtió en un temblor, luego en un rugido. La tierra parecía estar rasgándose, rompiéndose en pedazos.

El viejo árbol cayó en segundos. En realidad ya estaba inclinado

y sus ramas casi tocaban la tierra. Pero a pesar de su escasa altura cayó con un poderoso estruendo que hizo temblar el suelo.

Josh y yo nos abrazamos, maravillados e incrédulos, viendo cómo la luz del sol llenaba el anfiteatro.

Y oíamos los gritos. Gritos de horror, de furia, de frenesí.

Los gritos se convirtieron en aullidos. Aullidos de dolor, de agonía.

La gente del anfiteatro, los muertos vivientes atrapados por la luz dorada, se amontonaban unos encima de otros, enloquecidos en su intento de huida, gritando, arrastrándose, escalando, empujando, en un esfuerzo inútil por alcanzar la sombra.

Pero era demasiado tarde.

La piel se desprendía de sus huesos. Los miré, boquiabierta. Se convertían en polvo ante mis ojos. Se desintegraban. Y su ropa con ellos.

Sus gritos de angustia resonaban en el cementerio mientras los cuerpos se deshacían, las pieles se derretían, los huesos caían hechos añicos. Vi a Karen Somerset arrastrarse por el suelo. Vi cómo caía su cabellera formando un charco hirsuto a mis pies, y dejando al descubierto el cráneo oscuro. Ella me dedicó una mirada, una mirada de nostalgia, me parecía, y de remordimiento. Y luego sus ojos se salieron de las cuencas y rodaron por el suelo. Y abrió su boca de calavera sin dientes y murmuró:

—¡Gracias, Amanda! ¡Gracias! —Y se derrumbó.

Josh y yo nos tapamos los oídos para no escuchar los horripilantes gritos. Miramos hacia el otro lado para no ver cómo el pueblo entero y agonizante se convertía en polvo y ceniza, destruido por el sol, ese sol tan diáfano, tan cálido.

Cuando miramos de nuevo, todos habían desaparecido. Mamá y papá estaban allí de pie, maniatados. Sus caras expresaban una mezcla de horror e incredulidad.

—¡Mamá! ¡Papá! —grité.

Nunca olvidaré su sonrisa cuando corrimos a liberarlos.

Nuestros padres no se entretuvieron en empaquetar todo de nuevo y contratar el camión de mudanza para volver a nuestra antigua casa. Volvíamos al viejo barrio.

—Qué suerte no haber vendido nuestro hogar —dijo papá cuando subíamos al coche para emprender el viaje de regreso.

Papá retrocedió para salir. Se preparaba para arrancar, cuando me entraron unas ganas terribles de echar una última mirada a la casa. No me lo explico, pero era un deseo incontenible.

—¡Para un momento! —grité, bajando del coche.

A pesar de las protestas de mis padres, regresé corriendo y me paré frente a la fachada, contemplando la gran casa silenciosa, vacía, envuelta como siempre en espesas capas de sombra gris.

Quedé como hipnotizada. No sé durante cuánto tiempo.

De pronto sentí el crujir de las ruedas sobre la gravilla. El ruido me liberó del ensueño. Vi una camioneta roja estacionada a la entrada.

Dos muchachos, más o menos de la edad de Josh, bajaron de la camioneta por la parte de atrás. Sus padres también salieron del vehículo. Todos miraban la casa con curiosidad. No se fijaron en mí.

—Ya hemos llegado, muchachos —dijo la mamá, sonriente—. Ésta es nuestra nueva casa.

—No parece nada nueva. Parece viejísima —observó uno de los muchachos.

Luego su hermano me vio y se le abrieron los ojos.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

Los demás miembros de la familia se volvieron para mirarme.

—¿Yo?… Yo… —Su pregunta me había tomado por sorpresa. Mi padre tocaba el claxon con impaciencia—. Yo… yo vivía antes en esta casa —respondí.

Luego me di media vuelta y corrí a toda velocidad hacia el coche.

«¿Quién era ese señor parado en la puerta de la vieja casa, con una libreta de notas en la mano?», me preguntaba. Pues creía haber visto, mientras corría, la figura de un hombre en la sombra. ¿Sería el señor Dawes?

No. No era posible que fuera él quien recibiera a esa familia.

No podía ser.

Pero no miré hacia atrás para tratar de averiguarlo. Cerré la puerta del coche y partimos a toda velocidad.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.